



MARZO

216

1899

# LAS MISIONES CATÓLICAS

## Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.  
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

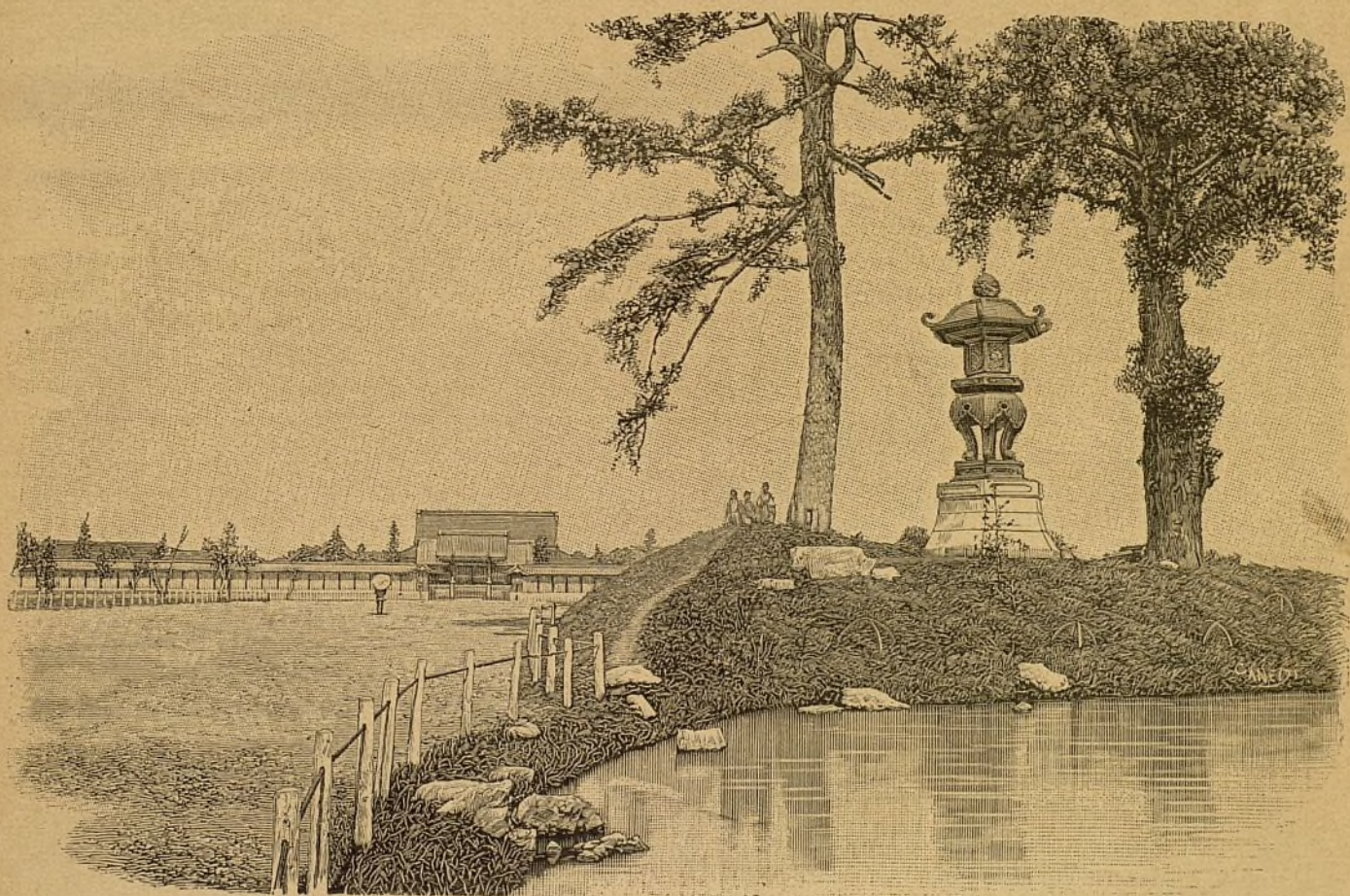
## Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Miércoles, 15 Febrero 1899.—N.º 146

## Advertencias

No se admite suscripción por menos de un semestre.  
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

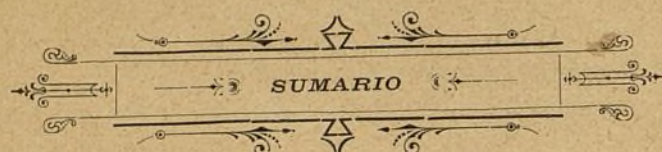
✻ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ✻



JAPÓN.—ENTRADA DEL *Gorho* (PALACIO DE S. M. I. EL MIKADO EN KIOTO)

Reproducción directa de fotografía remitida por el Rdo. P. Marnas. (Pág. 38)

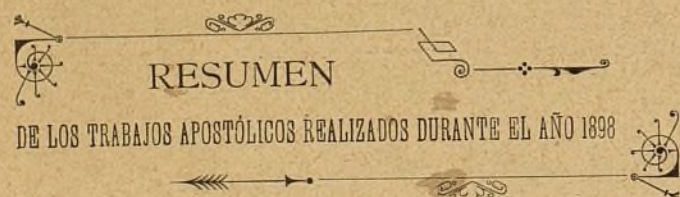




**Texto.**—RESUMEN DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1898.—CORRESPONDENCIA: *La persecución en el Su-tchuen; Tanganika (Africa ecuatorial).*—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—UN CELOSO MISIONERO, UN SABIO EMINENTE Y UN GRAN PATRIOTA: Biografía del P. Agustín M.<sup>a</sup> de Castro, agustino.—LA ISLA DEL DIABLO Y LA ISLA DE DIOS: III (continuación).—CRÓNICA.—VARIEDADES: El Vado. Episodio de la guerra franco-prusiana (conclusión).—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.—SALIDA DE MISIONEROS.

**Grabados.**—JAPÓN: Entrada del *Gorho* (palacio de S. M. I. el Mikado en Kioto).—SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR DE LOS HERMANOS HOSPITALARIOS.—LOS PIGMEOS SORPRENDIDOS EN EL NILO POR LOS HIPOPÓTAMOS.—LOS PIGMEOS ATACADOS POR LOS COCODRILOS.—JAPÓN: Vista general de Hakodaté, capital de la isla de Yeso.—MONUMENTO LEVANTADO A LA MEMORIA DE D. BOSCO EN SU PATRIA CASTELNUOVO D' ASTI (ITALIA).—PLAZA EN QUE ESTÁ SITUADO EL MONUMENTO DEDICADO A D. BOSCO EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN.—ALA PRINCIPAL DEL *Gorho* (palacio imperial) de Kioto.—Ilustraciones de la novela *El Crucado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



DE LOS TRABAJOS APOSTÓLICOS REALIZADOS DURANTE EL AÑO 1898

EN nuestro órgano oficial *Las Misiones Católicas*, tenemos periódicamente ocasión de exponer las esperanzas que alienta, y las pruebas que sufre nuestro apostolado, y de dar á conocer á todos los bienhechores de la *Obra de la Propagación de la Fe* los progresos realizados por la Iglesia católica.

Sin embargo, cada cuaderno de nuestra Revista sólo puede contener algún episodio de la vida de la Iglesia universal, y difícil es, después de estas excursiones parciales en el campo del apostolado, formarse idea clara del sublime conjunto de obras, triunfos y penalidades que constituyen la vida del misionero. Para llenar, pues, de la mejor manera posible este vacío, publicamos todos los años un resumen de la historia de las Misiones.

Tan rapidísima es la ojeada de los hechos más culminantes, que ni aun nos permite nombrar todas las Congregaciones religiosas que trabajan en extender el reino del Señor; pero ¿deberemos por esta causa hacer constar, que sentimos por todos ellos y por todos sus trabajos, la misma admiración y respetuosa simpatía?

## I

Durante este período, pocos han sido los cambios que ha sufrido Europa. Los países que en tiempos que fueron marchaban orgullosos á la vanguardia del Catolicismo, continúan hoy presos de la falsa libertad y ensañándose en las obras de la Iglesia: en la actualidad, las mismas pruebas; en el porvenir, la amenaza constante de horribles desgracias; homenaje inconsciente, decía Lacordaire, á la fuerza vital del Catolicismo, que,

aun cuando estuviera cargado de cadenas, será temido siempre de todos sus adversarios. Por el contrario, un consolador movimiento de regreso al abandonado redil, lento pero incontestable, acentúase cada día en las naciones invadidas de antiguo por la secta protestante. Suiza, Inglaterra, Suecia y Noruega, Holanda y Dinamarca, todas respetan á la Iglesia católica y á las Órdenes religiosas, que establecen y desarrollan en ellas Establecimientos benéficos y Centros docentes, siendo respetadas y apreciadas de todos. ¡Quiera Dios que hoy, como en tiempo de los Apóstoles, veamos triunfar la verdad por medio de la caridad cristiana!

## II

Cierto es que el Oriente, patria de los recuerdos gloriosos, no ha obedecido por completo á la voz del Papa; cierto que el espíritu de independencia y antiguos prejuicios retardan, y retardarán quizás largo tiempo, la deseada unión; pero cierto también que aun el hombre más superficial ha debido observar una reacción, especialmente entre los coptos, de cuyas buenas disposiciones hablan en entusiastas correspondencias, llenas de grandes esperanzas, los Padres Jesuitas de Minieh, Alejandría y el Cairo. El Protestantismo intenta aprovecharse de este movimiento general; los inagotables recursos de que dispone permítenle levantar por todas partes espaciosas escuelas, ricos templos y suntuosos hospitales; pero su culto glacial no puede complacer el carácter de los hijos del Oriente, al cual Roma prestó en gran parte la solemne majestad de su liturgia. El Emperador de Alemania, que recientemente en viaje triunfal ha recorrido estas regiones, santificadas por nuestros Mártires, immortalizadas por nuestros grandes Doctores, y que siendo protestante ha adquirido y regalado á sus súbditos católicos uno de los santuarios más venerables de cuantos enriquecen la santa ciudad de Jerusalén, ha podido comprobar personalmente cuán incommovibles raíces echaron en el Oriente Roma y las naciones católicas, el desarrollo cada vez mayor de las obras dirigidas por nuestros Religiosos y Religiosas, y forzoso es haya rendido homenaje de admiración á la humanitaria obra realizada por la Iglesia en esta santa tierra, en la cual, con la ayuda del cielo, en días lejanos ó próximos, habrá un solo rebaño y un solo pastor.

Armenia ha disfrutado durante el finido año de relativa tranquilidad, pero, restos de la tempestad pasada, quedan en ella muchos dolores que consolar, muchas ruinas que reconstruir. Satisfacción grande fué para nosotros colaborar á esta gloriosa obra de reparación con las limosnas que remitimos directamente y con la suma que pusimos á disposición de Su Santidad. Los Obispos armenios, reunidos en Sínodo bajo la presidencia del patriarca Azarián, hicieron constar en términos entusiastas el profundo agradecimiento que guardan á nuestros bienhechores.

Durante el pasado año el Extremo Oriente ha hecho oír el mismo grito de agradecimiento, porque á los grandes desastres acudimos con excepcionales socorros. Desde los comienzos del año la India ha debido sufrir, al igual que el 1878, los horribles efectos del hambre.



«Está de luto esta tierra, escribe un misionero. Lloran las madres á sus tiernos hijos arrebatados cual frescas rosas por furioso vendabal. ¡Cuán tristes son sus lamentos! Desesperadas arrójanse á mis piés, y sus ojos derraman amargas lágrimas que corren sobre sus mejillas enflaquecidas por el hambre. ¡Pobres niños! Concedióme el Señor un corazón enérgico. Sin él, impotente para resistir las horribles miserias de que forzosamente soy testigo, haría largo tiempo que la muerte se hubiera apoderado de mí. Gracias á vuestra generosidad, queridos bienhechores, he podido socorrer alguna de estas desventuras, y cuando los paganos preguntan llorando á nuestros cristianos: «¿Quién nos salvará de la muerte?» éstos contestan: «Id á ver los Padres, ellos os mostrarán el camino del cielo.»

«Y vienen; el próximo pasado mes, mil recibieron el santo Bautismo, y número mucho mayor estudia las oraciones. ¿No es consolador y hermoso el espectáculo que presentan estas regiones, donde seis meses antes no había un solo cristiano, y hoy florecen vigorosas y abundantes hermosas flores que, cubriendo la tierra con rico vestido, elevan hasta el trono del Señor el suave perfume de santas virtudes?»

A la par que el hambre azota la India, inicianse en la China varias persecuciones parciales. Ciertamente es que el poder central de Pekín muéstrase favorable á los europeos en general, y muy particularmente á los misioneros, siendo prueba evidente de ello la solemne pompa desplegada por el Gobierno imperial en la reciente consagración del Ilmo. Favier, que á la par prueba la consideración que rodea á los misioneros Lazaristas. Estos resultados son en gran parte debidos á los dos últimos embajadores franceses, Mr. Girard y Mr. Pichón, cuya energía y prudencia han asegurado los derechos del protectorado cristiano. Por desgracia, el Gobierno de la China dista mucho de estar centralizado: la falta de comunicaciones entre las provincias de este inmenso Imperio deja libre campo á las exacciones, y los cristianos hallanse frecuentemente á merced de los mandarines locales, que por incapacidad ó imprevisión unas veces, y otras tal vez por malevolencia ó impulsados por antiguos prejuicios, autorizan ó permiten crímenes horribles, sin obstáculo de desaprobación en cuanto acaban de realizarse. Esto explica la muerte de dos misioneros alemanes de Steyl, los PP. Nies y Henlé en el Chan-Tong Meridional, y el asesinato en el Kouang-si Meridional del P. Bertholet y de dos de sus neófitos, al cual han seguido en intervalo de un año, el del Padre Mazel en la misma Misión, y últimamente el asesinato del P. Chanés y de trece cristianos en el Kouang-tong, vicariato en la actualidad poco menos que destruido.

La revolución palaciega que acaba de estallar en la capital, y de la cual aun no hemos recibido detalles concretos, sólo puede contribuir á debilitar el poder y á dejar en completa libertad de acción á los más viles malhechores.

A pesar de tantas contrariedades el Catolicismo progresa en el imperio chino. El Dios de las misericordias escuchará benigno la voz de los Mártires que ruégan por sus verdugos.

En Tonkín, Cochinchina y Anam la pacificación parece ser completa: los misioneros pueden desarrollar sus obras, y numerosas conversiones coronan sus esfuerzos. ¿Por qué no podemos enviarles recursos proporcionados al celo ardiente que les anima? Esta es la profunda pena que tortura nuestras almas, al considerar las hermosas esperanzas que fundamos en el porvenir del Japón y de la Corea, abiertos ambos á la par á la civilización y al Protestantismo.

### III

En Africa debemos llorar la muerte del ejemplar y celoso sucesor del cardenal Lavignerie en la Sede de Alger, el Ilmo. Dusserre. Durmióse en la paz del Señor el 30 de Diciembre, á la edad de 65 años. Pocos días antes el Ilmo. Combes, arzobispo de Cartago, que recogió la otra porción de la herencia que dejara el eminente Purpurado del Africa, inauguraba solemnemente la nueva Catedral de Túnez. Al sellar con el sello de la consagración una obra empezada por el gran Cardenal, el ilustrísimo Combes glorificaba una vez más al ilustre Prelado, que tantos trabajos realizara en Africa en favor de la Iglesia y de su patria, y á quien pronto se le tributará solemne homenaje, contruyéndose un monumento digno de él en la basílica que guarda sus restos.

Al propio tiempo uno de sus predilectos hijos, promovido al episcopado, el Ilmo. Hacquart, primer obispo de Tombouctou, tomará posesión de la diócesis del Sahara.

Indicaremos en el África Ecuatorial el movimiento maravilloso de conversiones, que empujan millares de catecúmenos de Ouganda á los piés del misionero, que cae desfallecido por su penosísimo trabajo, y entristecido al sentirse impotente para acoger cual deseaba las almas todas que van á su encuentro.

En Abisinia la recepción dispensada por el negus Menelik á los Padres Lazaristas, las seguridades de protección y las pruebas de interés que les ha prodigado, son hermoso augurio del brillante porvenir del Catolicismo. El P. Coulbeaux, alentado por las muestras de aprecio que le dispensó el Soberano, ha sabido triunfar de cuantos obstáculos impedían su camino y establecerse en Gouala, en tanto que su compañero el P. Ricard reanudaba la Misión de Alitiena.

Para ayudar á los Jesuitas y Lazaristas los Padres del Espíritu Santo acaban de establecerse al Norte de la gran isla de Madagascar, territorio del cual el ilustrísimo Corbet ha sido nombrado vicario apostólico. Es una nueva Misión y no de las menos importantes confiada á los hijos del Venerable Libermann, á cargo de los cuales corre la evangelización de gran parte del continente negro.

En el Centro precisamente, en la Misión de Oubanghi, poblado por feroces salvajes antropófagos, es donde un Religioso de la Congregación del Espíritu Santo, el H. Severin, fué cruelmente asesinado por los bondijos el pasado Agosto. La sangre del Mártir será fuente caudalosa de vivificantes gracias, que harán surgir de las tinieblas en que viven estos pueblos caníbales que hasta hoy cerraron sus oídos á la voz del misionero.



Finalmente, el día 3 de Octubre fué completamente destruida la importante Misión de Allá, establecida en las orillas del Níger por los Padres de las Misiones Africanas de Lyon. Desaparecen con esta ruina el fruto de los múltiples y pacientes trabajos de largos años, y las más legítimas y acariciadas esperanzas.

Sin embargo, al extender la vista por el Africa y contemplar la obra realizada por los Jesuitas en el Zambese, los Oblatos de María en la Basutolandia, los Oblatos de San Francisco de Sales de Troyes en el río Orange, cuyo primer Obispo acaba de ser consagrado; los Padres alemanes del Zanguebar y del Cameroun, siente uno nacer al fondo del alma grandes y hermosas esperanzas para no lejano porvenir. ¡Quiera Dios podamos celebrar cuanto antes la resurrección de la antigua Iglesia africana!

## IV

Gracias á la libertad de que disfruta, continúa el Catolicismo progresando en los Estados Unidos. Multiplicanse las obras católicas, y su fecundo suelo cúbrese de escuelas é iglesias. Si es ó no verdad que el Catolicismo aparece en América revestido de sistemas exteriores conformes al genio de aquellos pueblos nacidos ayer, pero contrarios, á primera vista, á las seculares tradiciones de la vieja Europa, Roma cuidará de resolverlo: la Iglesia, esta viajera de todos los tiempos y de todos los países, reconoce como hijos suyos todos los que habitan bajo la inmensa floresta de los eternos dogmas de que habla Tertuliano, sin preocuparse de la lengua que emplean ni de las costumbres que constituyen su fisonomía especial.

Si se nos permite exponer un deseo ó mejor aún dirigir una súplica al ilustre Episcopado norteamericano, les pediremos que su Iglesia, tan generosa al tratarse de obras locales, tome parte más activa, contribuya con mayor esplendor, pues se lo permiten sus cuantiosas riquezas, á la evangelización de pueblos menos privilegiados. Sus ilustres Obispos no dudamos sabrán perdonarnos nuestra respetuosa súplica, pues todos reconocen que el fin principal de cuantos presidieron la formación de nuestra Obra fué contestar á las voces de auxilio que hasta nosotros hacían llegar los primeros apóstoles de su patria.

Actualmente ni remotamente pensamos en abandonar en su marcha progresiva á las diócesis menos afortunadas de los Estados Unidos; prueba de ello son las listas de donativos publicadas en el Boletín central de la Obra (Lyon-Francia), y desde estas columnas complacémonos también con rendir homenaje á la imparcialidad y espíritu de justicia que preside los actos del Gobierno de Wáshington en cuanto se refiere al Catolicismo: respeta la libertad de todos, y sabiendo apreciar todo acto meritorio, coloca en el Capitolio la estatua del célebre P. Marquette, misionero jesuita que en el siglo XVII reconoció el curso del Misisipí, predicando á los indígenas que pueblan sus orillas.

Saludemos antes de abandonar la América á todas las Ordenes religiosas, Oblatos de María Inmaculada, Salesianos de Don Bosco, etc., cuyos santos trabajos, venciendo todos los obstáculos, derrama sobre las tribus indígenas los beneficios de la fe y de la civilización.

## V

Los brillantes progresos realizados en Australia y en los inhospitalarios archipiélagos, lejos de disminuir aumenta todos los años. Han escasamente transcurrido 75 años del tiempo en que un solo sacerdote predicaba en Oceanía el santo Evangelio á un reducido grupo de pobres pescadores. Hoy la jerarquía eclesiástica está formada por un Cardenal y veinte Obispos: iglesias y establecimientos benéficos constrúyense por todas partes, y el último año su eminencia el Arzobispo de Sydney ha consagrado en Melbourne la catedral de San Patricio, monumento el más hermoso de cuantos monumentos religiosos adornan y enriquecen la floreciente Australia. Los Hermanos Maristas, que al empezar la grande obra de la evangelización fueron los que primero debieron sufrir persecuciones y aún el martirio, continúan valerosos su gloriosa empresa. Nueva Caledonia, las Fidji, Nuevas Hébridas, y el archipiélago de los Navegantes, han escuchado la apostólica palabra de los Hermanos del bienaventurado Chanel, pero su celo ardiente no se satisface, y aspiran á posecionarse otra vez de las islas Salomón, islas donde recibió el martirio el Ilmo. Epalle y los misioneros que le acompañaban, y que tantas veces han sido abandonadas y vueltas á tomar. Esta Misión, que sólo era encantadora esperanza, es hoy hermosa realidad: el ilustrísimo Vidal, capitaneando reducida falange de intrépidos misioneros, acaba de desembarcar en las costas de estas islas, pobladas por feroces salvajes antropófagos. Las primeras noticias recibidas de esta apostólica expedición parecen anunciar que ha sonado la hora de Dios, y que estas tribus desgraciadas escucharán esta vez el llamamiento de su gracia divina.

Tan consoladoras esperanzas alientan también en sus empresas á los Padres del Sagrado Corazón de Issoudun. En Nueva Guinea al igual que en Nueva Pomerania la sazónada miés que corona los esfuerzos de su celo sobrepuja sus bellas esperanzas.

Gustosos, en fin, rendimos respetuoso recuerdo de admiración á los Padres del Sagrado Corazón de Picpus, de París, á los Benedictinos de Auckland, á los Capuchinos de Armenia, al igual que á los intrépidos Religiosos auxiliares del apostolado del misionero en tan lejanas regiones.

Es evidente: el siglo que muere, á pesar de sus errores; á pesar de las ruinas que con frecuencia ha sembrado al extender por la tierra su soplo destructor, no carecerá de gloriosa historia: en él se ha visto florecer, crecer, desarrollarse un hermoso y sublime despertar de fe y de heroísmo. Si los poderes públicos se han mostrado indiferentes ú hostiles, nunca la acción individual levantóse movida por tan poderoso entusiasmo. Dios al contemplar los reyes y los príncipes rebeldes ó sordos á sus llamamientos, ha querido que fuera el pueblo quien los escuchara, y que representaran al pueblo heroicos apóstoles de veinte años que recorren toda la redondez de la tierra. Sintiendo latir con fuerza al fondo de sus corazones el amor á la Iglesia y el amor á la patria, ellos han sabido conquistarnos con su





SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR DE LOS HERMANOS HOSPITALARIOS

Ayuntamiento de Madrid



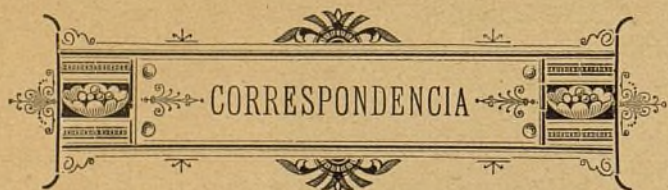
abnegación y frecuentemente con su sangre una hermosa aureola de gloria que nos consuela de tantas luchas mezquinas en las que con asaz frecuencia consumimos nuestras fuerzas.

¿La generosidad de los fieles ha igualado el heroísmo de los misioneros? Sin duda, y obligación nuestra es agradecer á todos los bienhechores que, atentos á las paternales voces del Papa y del Episcopado, han este año, al igual que los anteriores, remitido su ofrenda para el pobre misionero: conmuévennos los no interrumpidos actos de generosidad y la frecuencia con que los donantes quieren restar desconocidos, la santa virtud de la tierra, hermana de las que adornan el cielo: naciones católicas que diez años antes enviábanos sólo un pequeño recuerdo de simpatía, conmuévense al oír la voz de nuestros delegados, entre los cuales citaremos al Ilmo. Terrien, y contestan, á pesar de grandes tristezas y desastres, como lo ha hecho nuestra querida España al llamamiento de los Comités: reconocemos que las cargas impuestas á los católicos para sostener sus obras locales son en la actualidad asaz gravosas; pero la enorme diferencia que media entre el presupuesto del apostolado y las necesidades de los apóstoles, nos obliga á indicarlo, y agradeciendo muy de veras á nuestros favorecedores su constante protección, pedimos á todos los amantes de la civilización y del progreso un generoso donativo.

Permítasenos terminar copiando algunas líneas escritas por un joven misionero de Gabón, cuyos encantadores relatos complacieron durante el pasado año á los lectores de las MISIONES CATÓLICAS.

«Si á pesar mío, escribe, os he fastiado, cansado y aburrido largo tiempo con mis pesados escritos, voy á daros un buen consejo: cuando en la puerta de vuestra casa sitúase impertinente músico, que soplando de un bárbaro trompón os destroza el tímpano con sus desacompañadas notas, salís airados á la ventana, y para alejarlo le regaláis una *perra chica*: seguid conmigo igual conducta, dadme una *perra* ó dos, ó mejor aún, una moneda de plata.

«Inclinado profundamente, el músico de Dios os dirá: «Gracias, mil gracias: ¡Dios os lo pague!»



#### LA PERSECUCIÓN EN EL SU-TCHUEN

Las noticias publicadas por la prensa diaria hicieron temer por la suerte de los misioneros del Su-Tchuen y en particular por la del P. Fleury, aprisionado por los rebeldes hacía largos meses. Uno de los directores del Seminario de Misiones Extranjeras de París remiten las siguientes noticias, que desmienten afortunadamente las circuladas estos últimos días.

Ayer recibí el siguiente telegrama expedido por el P. Robert, procurador de Shang-hai:

«FLEURY EN LIBERTAD.—Firmado: ROBERT,» noticia que apresurámonos á transmitir.

El P. Francisco Fleury, misionero del Su-tchuen Oriental, librado milagrosamente de manos de los rebeldes, hallábase en Ho-pao-tchang junto con su hermano en Religión el P. Luís, cuando en la noche del 3 al 4 de Julio de 1898 Yu-man-tse (célebre bandido, condenado á muerte por rebeldía hace más de diez años), á la cabeza de su partida entró en la población, y dirigióse á la casa ocupada por los dos misioneros, derribando las cerradas puertas.

Murieron el criado del P. Fleury y otro cristiano: el P. Luís logró escaparse, pero el P. Félix cayó en poder de los bandidos, quienes le condujeron á Long-chou-tchen. Obligáronle á caminar tres leguas, desnudos los pies y atadas las manos á la espalda.

Poco tiempo dejó Yu-man-tse permaneciera su prisionero en Long-chou-tchen. Mandólo conducir á la cumbre de alta montaña y encerrarlo en antigua pagoda, convertida hace cinco ó seis años en fortaleza y guarida del fiero capitán de bandidos.

Desde esta fecha fué imposible obtener noticias seguras del P. Fleury. Decían unos que el prisionero era tratado con atención, pues Yu-man-tse pretendía salvar su cabeza conservando la del misionero. Otros al contrario, afirmaban con verdadero lujo de detalles, que había sido muerto. En realidad, nadie sabía cuál de tan opuestas afirmaciones debía creerse.

El telegrama del P. Robert comunicanos la grata nueva, no ya de que el P. Fleury no ha muerto, sino de que ó han conseguido arrancarlo del poder de Yu-man-tse ó que este jefe insurrecto, mediante determinadas condiciones, le ha otorgado la libertad.

Lo que sabemos con completa certidumbre, es que el P. Fleury ya no es prisionero de los rebeldes de Su-tchuen, lo que nosotros celebramos con satisfacción vivísima, junto con su familia y muy particularmente con su anciana madre, la cual ha sufrido larga y cruel incertidumbre.

Nació el P. Fleury en La Tessouale, cantón de Cholet (Angers, Maine-et-Loire), el día 28 de Septiembre de 1869. Entró en el noviciado de las Misiones extranjerías el 3 de Septiembre de 1892: fué ordenado sacerdote el 1.º de Julio de 1894, y salió para el Su-tchuen el 15 de Agosto siguiente.

#### TANGANIKA (África ecuatorial)

*Bárbara costumbre de los Wabendé*

Causa triste y paofunda impresión la lectura de la siguiente correspondencia remitida de Karema, región situada á orillas del lago Tanganika, por el R. P. Avon al Superior general de los Padres Blancos. Manifiesta una vez más la barbarie horrible en que yacen sumidos los pueblos donde ejercen su ministerio santo los misioneros hijos del cardenal Lavigerie.

Es la tribu de los Wabendé una de las más importantes de cuantas nos rodean. Repetidas veces intentamos colocar entre ellos algunos catequistas, pero nulo ha sido el resultado de nuestras tentativas.

Lo que aleja de la verdadera fe á estos desgraciados pueblos es, no ya su afición al robo, sino sus múltiples supersticiones.



Los brujos ó hechiceros son verdaderos señores de la tribu. Nueva prueba de ello acaba de proporcionarnos un horrible drama, desarrollado á pocas horas de la Misión. Cuantos detalles comunico son adquiridos del catequista, testigo ocular del hecho, quien hace entre ellos frecuentes excursiones para preparar la definitiva instalación.

El pasado Mayo murió Mlera, jefe de Ikola, de una enfermedad en el pecho, agravada por frecuentes libaciones de *pombé* de maíz al cual mezclan, para que más fácilmente se les suba á la cabeza, cierta cantidad de miel. Mlera danzaba como loco en medio de su embriaguez. Cara pagó su intemperancia, pues no habían pasado dos días cuando sorprendióle la muerte, á pesar de los esfuerzos de sus hechiceros.

Uno le dijo:

—Estás enfermo porque desertaste del pueblo de Rumba, tu padre: promete regresar á la casa paterna y curarás.

—No, no es suficiente lo que éste indica, replicó otro brujo; uno de tus difuntos parientes pide un sacrificio sobre tal montaña.

Mlera obedeció ciegamente á cuanto le proponían: pero antes de regresar los emisarios enviados á hacer el sacrificio á lo alto de la montaña, el jefe dejó de existir.

El desgraciado no quiso exhalar el último suspiro sin antes buscar el medio de que otros sufrieren suerte igual á la suya.

—Muero envenenado, gritaba, estoy hechizado: mi hermano Mkajala cuidará de vengarme.

Los negros creen imposible la muerte de un gran jefe si no es víctima de hechizos ó venenos.

Muerto Mlera, el ejecutor de sentencias, obedeciendo las órdenes del *moami* (rey), dirigióse á Ikola para administrar á sus desgraciados habitantes el infernal *mwavi* ó veneno de prueba. Recibimos esta desagradable noticia, y acto seguido enviamos emisarios al rey para impedir en absoluto que la bárbara ponzoña fuera administrada á los habitantes de la colonia alemana: el encargado de la defensa fué primero Mr. Sigl, y últimamente reiteróle cuanto ya se había dicho Mr. Ramsay, gobernador de Ujiji. El rey contestó á nuestros enviados:

—El pueblo quiere demostrar su noble proceder: en menos de dos meses han muerto dos jefes, y por consiguiente es deber del soberano buscar los culpables y castigarlos.

Antes que los enviados celebraran la pedida audiencia, diez personas habían sucumbido entre los horribles tormentos, víctimas del mortal veneno. Contábanse entre las víctimas un hermano del difunto jefe y dos de sus esposas.

Pero dejemos que Adriano Atimán, excelente médico de la Misión, relate la salvaje escena de que fué ocular testigo:

Al recibirse la noticia de que en Ikola iban á administrar el veneno de prueba, el Ilmo. Lechaptois envió-

me á suplicar al *moami* (rey), que desistiera de cometer tan horrible crimen.

Tras penosa marcha de largas horas llegamos á una alegre población que se extiende cabe las orillas del lago. Dijéronnos en ella que el jefe acusado de hechizador del gran Mlera, había sido hecho prisionero y conducido á Ikola. Apresuramos el paso, y breve tiempo después pasamos una de las encantadoras villas de la llanura. Triste contraste ofrecía la hermosura del pueblo y las entristecidas figuras de sus habitantes, agobiados por el peso del temor de verse obligados á tragar el veneno. Seguimos el camino, llegando finalmente á Ikola.

Una grave imprudencia cometida por uno de mis compañeros, púsonos en inminente peligro de morir á la entrada misma de la población. Los habitantes, presos de grande excitación, salieron armados de lanzas y fusiles. Al reconocerme recobraron la perdida tranquilidad, cesando paulatinamente la falsa alarma: era un amigo.

Al entrar en la población sorprendiome desagradablemente ver una multitud compacta igual á la que suele reunirse los días de fiesta solemne. De Wabendé, de las más lejanas regiones de esta desgraciada tierra, acudió la multitud ansiosa de presenciar la muerte de los hechiceros de Ikola. Internéme en la población; hirió mis oídos gritería horrible, ensordecedora, infernal. Vi veinte hoyos abiertos para el bárbaro acto, rodeados de empalizada clavada en el suelo y atada fuertemente. En cada surco ú hoyo veíase una persona condenada á la prueba.

Vi á corta distancia del teatro de la no imaginada escena, en chozas de cañas, y presos de atroces tormentos á los desgraciados que habían tragado el *moami*: los hombres á la derecha, las mujeres á la izquierda. Algunos lograban arrojarlo, pero en la inmensa mayoría, á juzgar por el pálido color de su faz, la ponzoña empezaba á producir mortal efecto. Al verlos próximos á exhalar el último suspiro, dos hombres, mejor diré dos monstruos, arrójanlos á veinte pasos del horrible escenario, formando un montón de cadáveres víctimas de la infernal superstición. Para apresurar su desgraciado fin, remátanlos á golpes de maza... Al caer la tarde empezarán las negras sombras de la triste noche á extender por la tierra su manto funeral, cubriendo con fúnebre crespón los cuerpos de las víctimas que, lanzados fuera del pueblo, serán pasto de hienas y buitres.

Lacerado el corazón, con los ojos llenos de lágrimas, supliqué al bárbaro verdugo interrumpiera su infernal trabajo. Contestóme con frío sonris: «Fwira, tal es el nombre del envenenador, no suspende su trabajo hasta verlo terminado.»

Vile acercarse á un joven conocido mío para administrarle el veneno: los padres del joven suplicaron al envenenador aguardara un instante y les permitiera dirigir algunas palabras á su hijo. Oí al padre que decía:

—Hijo mío, nada debo alegar contra tí: grande fué el dolor que experimenté el día que me injuriaste y el día que me heriste, pero acordéme que eres mi hijo y



no te guardé rencor. Valor, hijo mío, que el abatimiento no se apodere de ti, y arrojarás el veneno.

El joven contestó:

—Mal hice, en verdad, el día que osé pegaros, pero nunca soñé en daros ningún hechizo. Mal hice también cuando os injurié, pero ¿quién es el que alguna vez no ha injuriado á su padre? Si soy hechicero, venga sobre mí la muerte. Si no lo soy, que logre arrojar el veneno.

Adelantóse Fwira y obligóle á tragar la ponzoña: es ésta una píldora del tamaño de un guisante pequeño. Trágalo el joven, y acto seguido empezó á pasearse por el trazado surco. Suspendía de vez en cuando su paseo, bebía un poco de agua y reemprendíalo de nuevo. Veinte minutos hacía duraba esta extraña escena cuando arrojó el veneno. Fwira indicóle saliera del surco, y condújolo en una choza de caña en la cual, preso de fuerte delirio, efecto de los horribles sufrimientos, empezó á referir todos los hechos de su pasada vida.

Un pobre anciano, que tragó la píldora al mismo tiempo que el anterior, al poco rato vino á juntársele, gritando desafortadamente:

—No soy hechicero, no soy hechicero: no he hecho mal á nadie: á cuantos vinieron á mi casa he dado hospitalidad... abajo los hechiceros.

Otro contestóle desde una casa vecina:

—¡Sí! ¡mueran los hechiceros, pues han muerto nuestro jefe Mlera! Fué su hermana Warumba quien le hechizó: pero dejémosla, que ya murió al influjo de la ponzoña. Bien está, así deben morir todos los hechiceros.

—Contemplad los efectos del hechizo, gritó un tercero: morir y luego ser arrojado á las fieras.

A un anciano alfarero que hacía tres largas horas había tragado la ponzoña y sufría atroces tormentos, decíanle:

—Grande hechicero debes ser, pues ni arrojas la ponzoña ni mueres.

Él contestaba.

—Venga pronto sobre mí la muerte, si es verdad que soy hechicero.

Poco tiempo podía resistir el anciano, pues la hinchazón empezaba á extenderse por todo su cuerpo.

Un *mbendé* que observó me compadecía del anciano, acercándose dijo:

—¿Cuánto pagas? te lo vendo.

Ofrecíle tela por valor de diez francos.

—Convenido, contestó: Mandó arrastrar al desgraciado fuera de la choza, y dióle una bebida emética. Fwira, el diabólico Fwira, vióme acercar al anciano, y sospechando quisiera bautizarle me lo impidió.

—Lo he comprado á su dueño, le dije.

—Aguardad, contestóme, vamos á deshincharlo.

Y tirando con fuerza de los cabellos y de los dedos de manos y piés, gritaba: «Vomita, vomita.» En efecto, arrojó cuanta había comido, salvándose de una muerte al parecer inminente.

Mkajala, que fué quien ordenó el envenenamiento, no presencié la escena por temor de que *su vista se obscureciera*. Recabé de su representante permiso para llevar á la Misión algunas personas que ya habían arrojado el brevaie.

Cuando menos, decíame, si estos desgraciados mueren por efecto del veneno, podrán ser regenerados por las aguas bautismales. Este fué el único resultado práctico obtenido, pues Fwira y sus ayudantes, verdaderos demonios, impidieronme acercarme á los moribundos.

Espero, y esta esperanza es como débil rayo de luz que alegra mi corazón, que pues estos desgraciados oyéronme tantas veces hablar de Dios y del bautismo, que tal vez entre los dolores de su cruel muerte se hayan arrepentido de sus pecados.

Este es el pueblo que en porvenir no lejano esperamos arrancar de la barbarie en que yace sumido. La empresa no es fácil, pero Dios ayuda al misionero, y éste, con la ayuda de Dios, todo lo puede. Para preparar el terreno procuramos mantener amistosas relaciones con el rey y los jefes de Kabendé. El pasado año Mkajala vino repetidas veces á visitarnos personalmente, y nosotros hemos correspondido siempre con otra visita. Adriano, nuestro heroico auxiliar, pasa la mayor parte del tiempo entre los Wabendé: con sus medicamentos cura los cuerpos, y con sus hermosas palabras salva las almas.

Al cerrar esta correspondencia complázcome en comunicar la grata noticia de que el número de cristianos aumenta sin cesar: el día de Pentecostés bautizamos sesenta adultos, y el 15 de Agosto ofrecimos á la Santísima Virgen María un hermoso ramo formado por cuarenta y dos bautismos.

## Z © ————— © Z

# \* LOS PIGMEOS \*

## S ————— S

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

Antes de empezar la publicación de este notabilísimo trabajo, séanos permitido testificar desde estas columnas nuestro sincero agradecimiento al Ilmo. Le Roy. A pesar de sus múltiples ocupaciones ha querido satisfacer nuestros deseos. No dudamos que en justa correspondencia los lectores de *Las Misiones Católicas* mostrarán su gratitud, testificando el aprecio que tienen á las Misiones dirigidas por el Superior general de los Padres del Espíritu Santo.

### Negrillos africanos y negritos asiáticos

#### I. —LOS PIGMEOS EN LA HISTORIA

Gigantes y enanos.—Homero y Ezequiel.—Herodoto y el viaje de los Nasamons en Libia.—Aristóteles, Plinio y Strabón.—Testimonio de Nonnosus, embajador de Justiniano en Etiopía.—Ideas predominantes en la Edad Media, y conclusiones de la ciencia geográfica á mediados del siglo XIX.

**D**ESDE que el hombre canta, dibuja y escribe parece tener la noción de un pueblo de gigantes y de un pueblo de enanos.

Los gigantes ¿existieron y formaron una raza? No seremos nosotros quienes se apresuren á negarlo. La historia de la zoología puede enseñarnos, si es menes-





LOS PIGMEOS ATACADOS POR LOS COCODRILOS.—Fragmento de un bajo relieve de la estatua del Nilo en el Museo Vaticano

ter, que no son los animales más fuertes los que más largo tiempo resistieron: el mastodonte ha desaparecido y sigue viviendo el ratón; el épiornis de Madagascar no se encuentra, y el gorrión crece y se multiplica cual caudaloso río en época de lluvias: en fin, en nuestra época, á medida que el elefante es en Africa cada día más raro, la nigua (1), importada recientemente del Brasil, ha cruzado ó poco menos el misterioso continente escondida en los piés de los viajeros que la descubrieron.

Refiriéndome á las poblaciones de enanos diré que los exploradores de ambas costas africanas indican desde luego su existencia, pues las hallaron en inexplorados bosques: y los sabios al recoger sus datos y compararlos, una vez más se han visto obligados á hacer justicia al testimonio de nuestros ascendientes.

No es mi intento relatar historias antiguas. Después de los trabajos de publicación reciente (2), es á mi parecer poca cosa lo que se puede añadir. Algunas breves palabras serán, sin embargo, útiles para introducción de este estudio.

La primera noticia escrita del antiguo pigmeo hállase por incidencia en la *Iliada* de Homero (siglo décimo antes de Jesucristo), donde se nos presenta á los troyanos dispuestos en línea de batalla, avanzar cual banda de grullas, y llevar á los pigmeos la desolación y la muerte (3).

Ezequiel (siglo IV antes de Jesucristo) dijo también

(1) Nigua ó pulga penetrante.

(2) *La Légende des Pygmées et les Nains de l'Afrique Équatoriale* (Rev. hist. Sept.-Oct. 1891).

(3) Ἀνδρῶσι Πυγμαίοισι φόνον καὶ κηρὰ φέρωνται. (Il. III, 5).

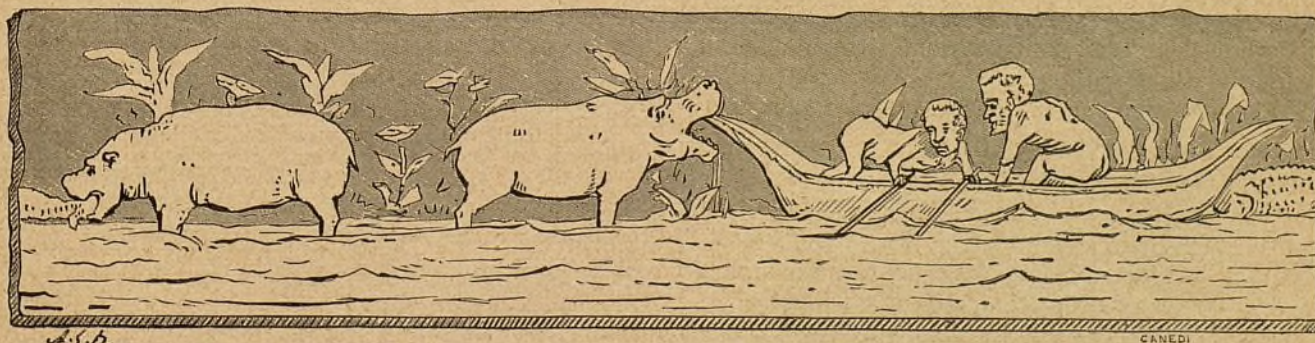
que «los pigmeos habían colgado sus carcajs en las murallas de Tiro.» Ciertamente es que la palabra hebrea *gammadim*, traducida aquí por *pygmios*, y que en realidad puede significar «hombre que mide un codo de altura», es interpretado de muy diversas maneras por los comentadores. Creyendo que los pigmeos eran un pueblo fabuloso, posible es buscaran muchos argumentos para excusar á Ezequiel de haberlos citado, y Cornelio Lápide en una extensa disertación prueba, valiéndose de siete argumentos distintos, que esta raza sólo existió en la imaginación de los poetas. Conclusión: los *gammadim* de Ezequiel no pueden ser los pigmeos de Homero (1).

Dejando aparte esta cuestión, séanos permitido indicar que algunos veces los comentadores, queriendo justificar la Biblia, acomodáronla á las ideas de su época, sin pensar que haciéndole decir lo que no dice, comprometíanla para posteriores edades. En realidad es lícito admitir que los pigmeos fueron alistados como arqueros para que defendieran las murallas de Tiro, pues este ha sido y es aún el papel que les asignan varios pueblos. Tiro estaba en relación constante con Cartago: y Mr. y Mme. Dieulafoy, en los magníficos descubrimientos que acaban de realizar en Susa, han comprobado la existencia en Elam de una raza de negritos (2).

Herodoto en el siglo V habla también de este pueblo

(1) «Filií Aradíi cum exercitu tuo erant super muros tuos in circuito. Sed et pygmæi qui erant in turribus tuis, pharetras suas suspenderunt in muris tuis per gyrum: ipsi compleverunt pulchritudinem tuam.» *Ezequiel*, xxvii, 11... trad. de la Vulgata.—Carrières añade: «Pygmæi. Id est pugnatōres; sic dicti ἀπὸ Πυγμῆς, id est à certamine et pugilatu quo valebant. In hebræo est GAMDIM, quod Chaldeos vertit CAPPADOCES; LXX (los setenta), custodes.

(2) *Le tour du monde*, 1880.



LOS PIGMEOS SORPRENDIDOS EN EL NILO POR LOS HIPOPÓTAMOS.—Fragmento del bajo relieve de la estatua del Nilo en el Museo Vaticano



al relatar la curiosa expedición de los nasamons (1). Eran éstos cinco jóvenes nacidos cabe las orillas del mar que baña la gran Syrte, los cuales en tiempos que fueron organizaron una expedición para ir en busca de las fuentes del Nilo. Cruzaron primero una poblada región, y luego interminable desierto de arena. Llegaron á florido oasis, y allí fueron sorprendidos por unos hombrécitos que hablaban desconocido lenguaje, y que apoderándose de los viajeros, condujéronles á través de grandes lagos hasta un pueblo ó ciudad, situada cabe la orilla de caudaloso río, y cuyos habitantes eran todos negros y de la misma talla. Los nasamons lograron escapar, y el relato de sus aventuras confirmaron la idea que de los pigmeos tenía el mundo de su tiempo.

Creo será leído con interés el texto de Herodoto, entresacado de la *Collection des Voyageurs anciens et modernes* (2). Dice así:

«Algunos Cyreneens refiriéronme que fueron á consultar al oráculo de Júpiter Amnón, y celebraron una entrevista con Etearco, rey del país. Giró la conversación que con el rey sostuvieron sobre las fuentes del Nilo, opinando que eran desconocidas. Díjoles Etearco que un día llegaron á su corte varios jóvenes nasamons. Son los nasamons un pueblo originario de la Libia y que habita la Syrte y una región que se extiende al Oriente de la Syrte. Preguntóles él si algo nuevo é interesante ocurría en los desiertos de Libia, y contestaron que entre las familias más poderosas del país, varios jóvenes llegados á la edad viril resolvieron entre otras excentricidades, sortear cinco de entre ellos para que fueran á explorar los desiertos de Libia é intentarían llegar más lejos de lo que los más valientes exploradores llegaran. Estos jóvenes, enviados por sus compañeros, bien provistos de agua y de víveres recorrieron primero pobladas tierras, hasta llegar á un país morada de feroces animales, pasado el cual siguieron su camino en dirección Oeste, cruzando arenosos desiertos hasta que descubrieron una llanura en la cual crecían frondosos árboles. Llegaron á ella y comieron los frutos de aquellos árboles. Comiendo estaban cuando unos *hombrécillos*, de talla menor que la mediana, cayeron sobre ellos y se los llevaron á viva fuerza. Los nasamons no entendían una palabra siquiera de la lengua que hablaban aquellos *hombrécillos*, los cuales á su vez tampoco entendían la hablada por los nasamons. Lleváronlos á través de pantanosas tierras hasta una ciudad cuyos habitantes eran todos negros y de talla igual á la de sus conductores (3). Un caudaloso río, morada de numerosos cocodrilos, cruzaba de Este á Oeste la ciudad.

«He querido copiar literalmente el discurso de Etearco, el cual, según aseguran los Cyreneens, dicho lo que antece, añadió que los nasamons regresaron á su patria, y que los hombres entre los cuales habían vivido eran encantadores. El río que cruza la ciudad

creía Etearco que debía ser el Nilo, induciéndole á ello el que este río corre por el centro de la Libia.»

Aristóteles, el gran sabio del mundo antiguo, dice hablando de los griegos: «De los campos de la Scitia emigraron á los pantanos del Alto Egipto donde nace el caudaloso Nilo. Los pigmeos viven también allí. Pues no es fábula sino realidad la existencia de una raza pequeña de hombres y caballos. Por lo que á su género de vida se refiere, sólo puedo decir que habitan en las cavernas (1).»

Un siglo antes de Jesucristo duda Strabón de lo afirmado por Aristóteles. Plinio al hablar de los pigmeos nos los presenta unas veces aliados y otras enemigos de las grullas, contra las cuales protegen sus sementeras, al Norte y al Mediodía, el lugar poco importa. Pompilio Mela cree que han desaparecido, y que paulatinamente la idea de los pigmeos cambiase en leyendas más ó menos ridículas, más ó menos poéticas.

Llegamos á la Era cristiana. «¿Es creíble, preguntó San Agustín, que de los hijos de Noé, ó mejor del primer hombre, de los cuales éstos procedían, descendían ciertas razas monstruosas de que nos habla la historia profana? Más claro: ¿existirán estos hombres que dicen tienen un ojo al medio de la frente, y aquellos cuya talla afirman ser de un codo y á los cuales los griegos llaman pigmeos...? No es menester creer en todas las especies de hombres que dicen existieron, pero lo que todo hombre tiene obligación de creer es que en cualquier parte y en cualquier figura que nazca el hombre, procede y tiene su origen del hombre modelo, único y primitivo (2).»

En el párrafo anterior tratóse como se ve la cuestión bajo el punto de vista dogmático.

En el siglo VI de nuestra era, un viajero bizantino, llamado Nonnosus, enviado por Justiniano á cumplir una embajada entre los etíopes, vió en una isla vecina á la costa oriental africana, una tribu de pigmeos.

La descripción que de la misma hace, coincide en un todo con los hechos por los modernos viajeros: «Tenían, dice, forma y figura humanas, pero era su talla muy pequeña, negra su piel y el cuerpo cubierto por fino vello. Detrás de los hombres seguían las mujeres, de talla parecida, y luego los niños más pequeños aún. No llevaban vestido alguno, sólo los más ancianos cubríanse parcialmente con pieles: el aspecto de hombres y mujeres distaba mucho de ser salvaje. Tenían voz humana, pero el idioma que hablaban era desconocido de los indígenas y con mayor razón de Nonnosus y de sus compañeros. Aliméntanse de conchas marinas y de peces cogidos en las orillas. Tímidos en extremo, tiemblan á nuestra vista cual pudiéramos hacerlo nosotros ante un fiero animal (3).»

Después del precitado testimonio cuya exactitud es asombrosa, la tradición de los pigmeos piérdese confundida por el sin fin de sucesos que precedieron á la actual formación de Europa.

(1) Herodoto II, 32-33.

(2) Eduard Chartón.

(3) *Gustantibus vero (fructus arborum), supervenisse homines parvos, minores modica statura, qui eos prehensos abduxissent: sermonem vero eorum non intellexisse Nasamonas; nec illos sermonem eorum. Ab his igitur abductus esse per maximas paludes, eosque prætergressos pervenisse in oppidum in quo cunctos fuisse his qui illos abduxerant statura æquales, nigros autem colore.*—Herodoto, II, 32.

(1) Aristóteles, *Hist. de los animales*, cap. VIII, v. 12.

(2) San Agustín, *De Civitate Dei*, lib. XVI, 8.

(3) Photius, *Biblioth. (Migne. Patrol. Grecque)*.



«Al leer cuanto dicen antiguos escritores hablando de la raza que nos ocupa, dice Mr. Monceax en su estudio, queda uno perplejo y sin saber qué pensar de estos enanos. Unos, entre los cuales citaremos á Alberto el Grande y más tarde Buffón, los identifican con los monos africanos; otros, como Scaliger, Vossius y después los comentaristas dom Calmet y Corneille de La Pierre, consideran fabulosa su existencia.»

El *Dictionnaire historique* de Feller resume la cuestión de la siguiente manera:

«*Pigmeos* pueblo de la Libia, célebre en la Fábula, medían un codo de altura. Vivían ocho años; las mujeres engendraban á los cinco, y escondían sus hijos dentro profundos hoyos, por temor de que las grullas, con las cuales sostenía esta nación continuada guerra, no los robaran. Hércules mató á su rey Anteo y ellos se atrevieron á atacarle. Durmióse un día el héroe griego en un ancho camino, y ellos salieron de Libia armados de sables y echáronse sobre él cubriéndolo cual negro hormiguero. Dispertó el héroe, encerró los pigmeos dentro su piel de león y se los llevó á Eurysthee. Creyeron algunos sabios en la existencia de una nación de pigmeos ó de hombres muy pequeños; pero estos pretendidos hombres eran monos que luchaban para salvar sus crías de las grullas que las querían robar. Buffón admite la anterior observación de Pluche. Los poetas colocan los pigmeos en la Tracia, cuyos habitantes son hombres iguales al resto de los mortales. Plinio unas veces en la Tracia y otra en Etiopía, á orillas de un lago ó á orillas del Nilo. Esta región asignanles también Aristóteles y Pomponio Mela, en tanto que Aulu-Gelle háceles habitar las fronteras de la India. Tanta incertidumbre y contradicciones tantas bastan para convencernos de que es imaginaria la existencia de este diminuto pueblo. Actualmente la tierra ha sido recorrida en toda dirección sin hallarse en parte alguna la raza de los pigmeos. Laponos y samoyades tienen gran superioridad sobre los pretendidos pigmeos, y cuando emigran á los climas meridionales llegan á alcanzar la talla ordinaria del hombre.»

Después de lo dicho ¿hay quien quiera conocer la opinión decisiva de la ciencia expresada por el primer geógrafo de cuantos florecieron en la primera mitad de este siglo? Copia las palabras de Strabón: «Entre los etíopes habitan los pigmeos, que pueblan también la orilla meridional de la tierra.» Malte-Brum añade: Ved aquí á los fabulosos ciclópeos extenderse de la Sicilia á la Negrícia. Vemos, pues, que todos los seres fabulosos habitaron en países cuyo conocimiento aparecía cubierto por oscuras tinieblas. Así los pigmeos de Homero pueblan el interior del Africa. Los eruditos que buscan seriamente el lugar donde vivió este pueblo, y que creen haber dado con las huellas de su paso, nunca han comprendido el conjunto y el curso de los descubrimientos, de los errores y de los sistemas histórico-geográficos de la antigüedad (1).»

(1) Malte Brun, *Geographie*, I, p. 30.

## Un Verano en el Japón Boreal

### JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

El diario de viaje cuya publicación empezamos hoy, reúne á la par elegante forma é interesante materia: condúcenos en la parte más desconocida del archipiélago japonés: la isla del Yeso. Su autor, el joven misionero Miguel Ribaud, nació en Lyon el año 1870 en la parroquia de Ainay (Francia), y partió para las Misiones del Japón septentrional el año 1892.

SEÑOR X\*\*\*...

PARÍS.

«*Todos los viajes tienen un número interminable de entre actos: llamo así á las horas perdidas, sentado al rededor de la mesa, el tiempo empleado en acostarse y levantarse, las esperas en estaciones ferroviarias, el intervalo entre dos visitas, los momentos de fatiga y de horrible calor. En el decurso de este tiempo fastidiase el hombre sin saber qué hacer. Para evitarlo sólo conozco un remedio: coger el lápiz y tomar notas.*»

«*El libro que os ofrezco es resultado de la reunión de todas estas notas de que habla Taine, tomadas durante los entre actos de un viaje, de un largo viaje á través del Yeso, de esta tierra casi inexplorada, poco menos que desconocida, y tan digna sin embargo de toda atención... y en la cual el genio japonés hasta hoy poco menos que desconocido, presentóse con brillo capaz de despertar la admiración de las naciones civilizadas.*»

«*Es un diario de viaje en el cual escribo á vuelo-pluma mis impresiones...*»

«*Y ya que de impresiones hablo, seame permitido copiar otra vez á Taine:*»

«*Cuando digo que algo me gusta, no pretendo que os guste y menos aún que guste á los otros. ¡Guárdeme el cielo de meterme á legislador sobre belleza, gusto e impresión! Lo que cada hombre siente es tan propio, tan individual como su misma naturaleza.*»

«*Os admirará tal vez que en un viaje que al fin no es otra cosa que una correría apostólica, hable tan poco de la actual situación de los cristianos.*»

«*En el decurso de este largo viaje, en el cual he acompañado al ilustrísimo señor Obispo de Hakodate, cumplió cada cual su respectivo papel. En tanto que el señor Obispo ocupábase anotando los resultados de la apostólica correría, hacía yo lo propio intentando apuntar en estas notas el carácter de los habitantes de esta región, relatar cuanto desconocido encierra, y copiar las bellezas naturales que adornan la pintoresca isla del Yeso.*»

«*¿Recordáis, señor, esas antiguas canastillas en las cuales entre multitud de variadas flores, margaritas, narcisos, etc., descuella orgulloso un racimo*



de sazónada uva ó un ramo de doradas espigas de trigo? Pues lo que en estas páginas os ofrezco tiene alguna semejanza con el contenido de las antiguas canastillas. Feliz seré si consigo agradaros cumpliendo con el precepto de Horacio: ser agradable sin ser inútil.

### INTRODUCCIÓN (1)

Es el Yeso una extensa isla triangular, situada al Norte de Nippón, isla de la cual le separa el peligroso estrecho de Tsugaru. El resto del Yeso encuéntrase á la Mandchuria, el Noroeste á la isla de Saghalien, antigua *Tarraka*, actualmente posesión rusa, y al Noreste tiene la isla Kunashiri, una de las Kuriles.

Los datos referentes al país y á sus habitantes, cuya exactitud reconoce el viajero.

Una cuestión que hoy causa risa, pero muy natural en aquella edad en que los conocimientos geográficos eran tan incompletos, era objeto de vivas discusiones. ¿Es el Yeso una península unida á la China y á la Tartaria? Después de repetidas preguntas á los indígenas el misionero no duda en negarlo, y los célebres viajeros que le siguieron confirmaron su aserto.

El holandés Schcep, en 1640, descubrió el estrecho de Tsugaru entre el Yeso y el Nippón. En 1797 Laperouse, siguiendo las costas de la Siberia Oriental halla el paso conocido con el nombre del ilustre navegante: remontó las Kudiles, descansó unos días en Petropavlovsk, puerto de Kamtchatka, y luego regresó por el

El descrito estado de barbarie prolongase hasta la restauración imperial del año 1868. Al tomar posesión de su cargo el nuevo Gobierno, confió el Yeso á una Sociedad colonizadora llamada Kaitakusi, la cual debía ocupar la isla, cultivarla y explotar sus riquezas. Desde entonces el Yeso fué considerado parte integral del imperio. Acordaron cambiar su nombre por el de *Hokkaido* (camino del mar del Norte).

Fué esta isla vasto campo abierto á la inteligencia y actividad japonesas. La civilización europea que después de la caída del shogunado propagóse tan rápidamente por el Nippón, no tardó en extender su victoriosa marcha por esta nueva tierra: propagóse con facilidad tanto mayor cuanto nada debía combatir, ningún prejuicio debía vencer, su obra redujose á edificar.

Soberbias ciudades nacen sobre las aún frescas raíces de los recién talados bosques: Hakodaté, Mororan, Otaru, Kushiro, Nemuro, nada tienen que envidiar á las populosas ciudades del Nippón. Sapporo, la capital, crece magnífica, soberbia entre antiguos bosques seculares, cúbrese de ricos palacios, y viene á ser en esta nueva región el emporio de la ciencia y de la industria. Sapporo es prueba evidente del genio del hombre; elocuente testimonio de la superioridad de su inteligencia y de su dominio soberano sobre la salvaje naturaleza, que rige y transforma á su voluntad. La posesión de esta tierra tocó en suerte á un pueblo que contempla el porvenir confiado en sus propias fuerzas y lleno de grandes esperanzas.



JAPÓN.—Vista general de Hakodaté, capital de la isla de Yeso: reproducción directa de fotografía remitida por el P. Marnas

El P. Jerónimo de los Angeles, jesuita siciliano, fué uno de los primeros europeos que pisaron el suelo de esta isla. Embarcado en un junco japonés pasó el estrecho el año 1618 y desembarcó en Matsumai, actualmente Fukuyama, población formada en aquel entonces de japoneses venidos de todo el imperio. Era el fin del viaje explorar aquella desconocida tierra, conocer las costumbres de sus habitantes y aprender los rudimentos del idioma que hablaban. Las Memorias escritas por este apóstol explorador, contienen un sin fin de preciosos

(1) Los nombres propios ó ainos están escritos según la ortografía japonesa:

e	se pronuncia é
sh	» che
ch	» tche

Pacífico, dirigiéndose á Australia, donde le esperaba la muerte.

El jesuita tenía razón, el Yeso es una isla.

A principios del siglo XVII, Matmmai Yoshishiro era el soberano de la isla, cuyo imperio entrególe Yeyasu, el gran *shogun*. La única ciudad en que predominaba entonces el elemento japonés era Matsumai: las poblaciones pequeñas diseminadas á lo largo de las costas ó escondidas al fondo de aquellas inmensas florestas vírgenes, ó cabe las orillas de los lagos y de los ríos estaban habilitados por los ainos, hombres incultos, salvajes, que vivían de la caza y de la pesca, últimos miembros de una raza originaria del Nippón y de los kyu-shiu, que perseguido sin piedad por victoriosos invasores hizo del Yeso su postrer refugio.

Asombran los resultados obtenidos después de treinta años de colonización. La inmigración favorecida por el Gobierno ha elevado en el relativamente corto período precipitado la población del Yeso, de treinta mil á un millón, número de habitantes que actualmente cuenta. Hermosas carreteras cruzan la isla en todas direcciones. Los impenetrables bosques gigantes que cubrían su suelo han sido cortados en grandes extensiones de terreno que hoy ocupan hermosas alquerías. Surgen cual por arte de magia nuevas poblaciones que en la costa ó en el interior forman los recién llegados colonos. Se han construido dos penitenciarías á las que bien podemos llamar granjas modelos y verdaderos establecimientos industriales. Numerosas vías férreas ponen en comunicación las más importantes poblaciones de la isla.

### HAKODATÉ

#### I

Es Yamagata un encantador villorrio escondido entre grandes montañas veinte leguas al Oeste de la populosa ciudad de Sendai ot-Sendai, entre Tchio y Aomori, puerto seguro situado en la extrema costa septentrional de la grande isla Nippón.

Tres días son necesarios para recorrer la distancia que separa Yamagata de Aomori, donde llegamos al caer de la tarde del día 19 de Mayo.

Encantador es el Japón que durante nuestro largo camino hemos contemplado admirados de su magnificencia y progreso: es el Japón joven que nace rebo-



sando vida, sonriente, amante de progreso, de civilización, hechizos que doran con sueños fantásticos la rica primavera de su existencia.

## II

En el mar: 20 de Mayo: al amanecer.

Ostenta el cielo su más puro azul: hace frío. Empieza el viento á sacudir sus alas, y nuestro vapor el *Gembu Maru* avanza majestuoso sobre las aguas verde-oscuras del estrecho. De vez en cuando olas enormes chocan contra la proa y se deshacen en espuma blanca, pura, encantador espejo de la luz.

El sol con solemne calma eleva por encima la línea clara, precisa del horizonte, el grandioso disco de un rojo amortecido que cambia luego en vivísimo carmín, en amarillo deslumbrador que envuelve la tierra en sublime baño de luz. Las grisáceas moles que envueltas por matutinas nieblas creíamos ver, confundiéndolas con largas velas flotantes sobre las aguas, claramente distinguíamos eran la silueta de rocas enormes. Divisamos la tierra del Yeso.

A las siete echamos el áncora en la rada de Hakodáté, abierta á los buques de todas las naciones y una de las más hermosas del mundo entero. (*Véase el grabado de las páginas 36 y 37*).

Al breve rato una pequeña embarcación condújonos á través del confuso laberinto de vapores, juncos muy grandes y de alta proa igual á nuestras naves de la edad media, barcas largas de fondo plano, entre una indescriptible vocería.

Saltamos de la barca y dirigímonos á la hermosa iglesia cuya blanca mole destacábase coronada por la cruz sobre la vertiente del monte.

Desembarcar en el Yeso después de recorrer el Nipón es algo parecido á desembarcar en New-York ó Filadelfia después de visitar la Grecia ó la Italia: después de haber cogido las olorosas flores del caído Coliseo ó evocado la sombra ilustre del gran Leónidas sobre las ruinas de Esparta. Es pasar bruscamente de estas antiguas naciones llenas, impregnadas de los recuerdos seculares de una civilización que ya no existe, á un país nuevo, formado en un momento, y que á pesar de monumentos, riquezas, comercio, vida, conserva algo vago, indefinible, que recuerda el estado de barbarie en que hace apenas un siglo yacía sumido.

En efecto, si hoy, amigo lector, recorrieras todo el Nipón, á pesar del cambio absoluto obrado en todas las populosas ciudades por la influencia de la civilización occidental, heriría á cada paso tus sorprendidos ojos vestigios de una civilización admirable y grande, en la cual vive la poesía enlazada amorosamente con las fantásticas sombras Samurai, y las bellas artes con las indescriptibles escenas de su caballería macabra. A cada paso hieren el alma una multitud de recuerdos.

Kyoto, el antiguo Miyako, encierra el suntuoso palacio de los antiguos emperadores, el *Gorho*, dentro el cual permanecieron tan largos siglos invisibles al resto

de los mortales, los representantes de la larga serie de hijos de la diosa Sol, viejo recuerdo de una era que existía hace diez siglos. (*Véase el grabado de la pág. 25*).

Poco más lejos mécese tranquilas las aguas del lago Biwa, palacio de las legendarias grullas, cantadas por poetas de otras edades. Cuenta la tradición que una de estas terribles sacudidas seísmicas, tan frecuentes en estas regiones, formó el lago, al propio tiempo que el gigantesco cono de Tujimaya elevábase bruscamente sobre las llanuras de Suruga.

La célebre montaña de Hieizan, situada en la orilla occidental de este lago encantador, centro del budhismo, recuerda los hechos de Nobunaga, aquel que ardiendo en ira contra los bonzos corrompidos incendió en una sola noche más de diez mil pagodas.

Dirigiéndonos hacia el Sud hallamos el camino que conduce á *Tokaido*, tan frecuentado hace tres siglos por los *daimio*, que con pompa deslumbradora, acompañados de la escolta de guerreros armados de dos espadas, iban dos veces al año á visitar al *shogun*.

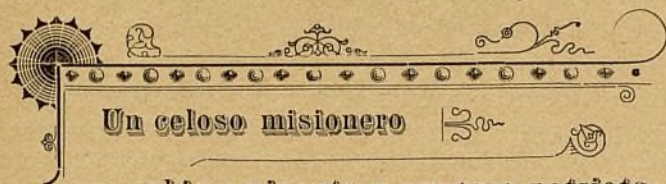
Tokio, la antigua Yeddo, ciudad de recuerdos gloriosos, capital del usurpador del imperial poder, parece pronunciar el nombre de Tokugawa Yeyasu, el shogun más célebre, la cabeza más grande de cuantas ha producido el Japón, el hombre que gobernó con cetro de hierro.

Nikko, la famosa necrópolis del Nikko, esta maravilla cubierta de oro, lacas, pinturas, esculturas imitando el fastuoso lujo oriental, escondida al seno de los bosques, cobijada y guardada de ardientes rayos de sol por cedros altivos, arrullada por el eterno cantar de las cascadas, es la quinta esencia del célebre arte japonés, y hace revivir ante el viajero encantado de tanta belleza el antiguo Japón y su arte maravilloso.

Nada de cuanto he dicho encuéntrase en la tierra que actualmente piso. Hace apenas treinta años, antes del cambio súbito que todas las cosas han experimentado al sentir lo que podríamos llamar mágica influencia occidental. Hakodaté era un pobre villorrio de pescadores que aún usaban las canastas primitivas. Hace un siglo impenetrable floresta cubría la tierra que ocupa. La emigración invadió de repente esta isla: colonos hábiles en el arte de imitar, admiradores de la civilización europea, construyen con vertiginosa rapidez una ciudad grande como las nuestras, de rectas y anchas calles, de altos edificios; con numerosas escuelas y soberbios monumentos. Ellos mismos, cediendo á la precitada influencia, han olvidado las fastidiosas trabas de la vida japonesa, los minuciosos detalles de la etiqueta que usaban sus antepasados, para adoptar costumbres que bien podemos llamar yankees.

Hakodaté es hoy un pequeño Wáshington, y no creo equivocarme comparando las impresiones del viajero que procedente de Nipón llega á Hakodaté á las del *globe trotter*, que después de recorrer la Italia desembarca tras larga navegación en el soberbio puerto de la joven capital de la gran República americana. Sus impresiones son análogas á las que experimenta quien, acabando de recorrer las galerías del palacio *Farnese*, visita una fábrica de primer orden.





## un sabio eminente y un gran patriota

Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

SIENDO todavía novicio fué destinado á las islas Filipinas, y á su paso por Mejico, en 1757, hizo su profesión en el Hospicio que en la capital de aquella antigua posesión española tenía nuestra provincia. Detúvose en dicho punto por espacio de dos años, (1) durante los cuales se dedicó al estudio de artes y filosofía bajo la dirección y magisterio del P. Manuel Delgado, muy notable poeta latino y castellano, gran predicador, y erudito en todo género de bellas letras (2), continuando luego su viaje á Manila en compañía de cuarenta y nueve hermanos de hábito, presididos por el P. comisario ex-provincial Fr. Miguel Vivas, entre los cuales, además de su maestro, el P. Delgado, y otros diversos sujetos muy distinguidos, iba también el P. Luis Cafuer, hombre de gran virtud y ciencia, el cual fue durante la travesía confesor y maestro espiritual de nuestro biografiado (3). Acompañaban igualmente á nuestros Religiosos cincuenta Franciscanos, veinte Jesuitas (4), el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Antonio Rojo del Río y Vieira arzobispo consagrado de Manila, y como seiscientos soldados para guarnición de aquella plaza (5). Dió fondo el Galeón *Filipino* en la bahía Manilense á 14 de Julio de 1759, y al día siguiente (6) en-

(1) Véase el *Osario venerable*, pág. 242, en donde reseñando la biografía del P. Mariano Alfonsi dice: «Defendió en el hospicio de México el *Probabiliorismo*; y presidió un Acto mayor de Theología muy lucido, que lo vi impreso y colgado en la iglesia cuando estuvimos allí los años 757 y 758.» Y en las páginas 76-77 tratando del P. Eugenio de Moya cuenta entre sus escritos «el Acto mayor que tuvo en el Hospicio de Sto. Tomás de Méjico, impreso en Tafilán (sic) verde, el cual vimos colgado en aquella iglesia el año de 1757.»

(2) Véanse las páginas 236-37 del citado *Osario*, en las cuales, tratando de este su maestro, dice textualmente el P. Agustín María: «Comenzó á leer artes en el Puerto de Santa María, prosiguió en Méjico y acabó en Manila de jubilar, con créditos de ingenioso y erudito en todo género de bellas letras. De lo cual puedo yo testificar como oyente y discípulo que fui suyo de artes por tres años... Era (también) muy estimado poeta latino y castellano. Pero en el púlpito no reconocía igual en todas las Filipinas.»

(3) Obra citada, págs. 214-15.

(4) Juzgamos equivocación lo que dice nuestro autor en la página 237 del *Osario*, en donde cuenta que iban en su Misión setenta Religiosos Agustinos y otros tantos Franciscanos. El Padre Cano no enumera más que cincuenta de los nuestros, en su «Catálogo de los Religiosos de nuestro Padre San Agustín de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, desde su establecimiento en estas islas hasta nuestros días, con algunos datos biográficos de los mismos. Manila. 1864.» Véase la pág. 182 y siguientes. Tampoco creemos que pasasen de cincuenta los Franciscanos.

(5) Véase la pág. 237 del *Osario*.

(6) Así juzgamos pueden conciliarse los PP. Castro y Cano, el

traron los nuestros en aquella capital, dirigiéndose al Convento de San Agustín, en donde fueron recibidos con la solemnidad y ceremonias acostumbradas en estas ocasiones (1).

Continuó sus estudios en el mencionado convento hasta terminar su carrera eclesiástica y ser ordenado de sacerdote, sin que estos ejercicios le fuesen obstáculo para dedicar ya por entonces largas horas al registro y examen de las obras impresas y manuscritas de nuestros antepasados que existían en la biblioteca y archivo de aquella casa (2). En el año de

primero de los cuales dice que dieron fondo en la bahía manilense el 14 de Julio, poniendo el segundo la llegada de la Misión á Manila en el día 15. Es muy probable que anclase el buque en bahía el 14 por la tarde ó por la noche, y no saltasen á tierra los Religiosos hasta el día siguiente por la mañana.

(1) Una de las cosas que más profunda emoción producen en el ánimo de nuestros misioneros cuando llegan á Manila, es la solemnidad y grandioso aparato con que son recibidos en aquella capital por sus hermanos de hábito. Impresionado ya vivamente su espíritu, y conmovidas las más delicadas fibras de su corazón por la satisfacción inmensa que experimentan al verse libres de los peligros de un viaje tan largo y arriesgado, y del furor de las revueltas olas del mar, que traen inquietos á los navegantes durante la travesía; por la vista de aquella ciudad que parece mecerse suavemente al compás de las olas, y que para indicar la religiosidad de sus habitantes eleva al cielo las cruces en que terminan las cúpulas y las torres de sus iglesias, y por los recuerdos que despiertan en la memoria aquellas playas regadas con el sudor y la sangre de tantos heroicos misioneros é invictos soldados que han extendido por aquellas comarcas el conocimiento de Cristo y del nombre de España, ven luego que no mucho después de haber sonado el cañonazo que anuncia á los manilenses la llegada del buque conductor de los Religiosos, sale ya por la desembocadura del Pasig, con dirección al vapor anclado, una lancha fletada por los Conventuales de San Agustín, que lleva á bordo una Comisión de Agustinos, nombrados por el provincial ó el prior, con el objeto de que vayan á recibir á sus hermanos, darles el saludo de bienvenida y acompañarlos en su entrada á la capital. Después de darse mutuamente un tierno y apretado abrazo, y cambiar las impresiones consiguientes, trasbórdanse todos á la lancha, y al poco tiempo saltan á tierra en el malecón situado á la margen izquierda del Pasig, junto al cual se ostenta el monumento levantado al insigne Ando por su heroísmo en la guerra sostenida contra los ingleses en el siglo pasado. Continúan los Religiosos su marcha por la playa hasta la puerta de Santa Lucía, en la cual se ordenan ya procesionalmente para hacer su entrada solemne en la ciudad, mientras que las campanas de la iglesia de San Agustín, echadas á vuelo, comunican á los habitantes de Manila que otros nuevos apóstoles, descendientes de los Radas y Urdanetas, penetran en su recinto, dispuestos á continuar la grandiosa obra que sus padres comenzaron. A la puerta de la iglesia de San Agustín les espera toda la Comunidad, con cruz alzada, hábito cual se usa en los actos solemnes, y el provincial al frente, quien después de rociar con agua bendita á los misioneros, entona solemnemente el *Te Deum*, que prosiguen cantando todos los Religiosos, con acompañamiento de órgano, estando durante el acto los recién llegados, hincados de rodillas en el centro de la nave principal. Terminado el *Te Deum* y las oraciones correspondientes, siéntase el provincial en una silla colocada en el presbiterio, y todos sus nuevos súbditos le van prestando obediencia, besándole la mano, después de lo cual dan un abrazo á los demás Conventuales de aquella casa, y salen con ellos de la iglesia á cambiar por las galerías y los claustros las impresiones de cada uno.

(2) Así se desprende de varios lugares del *Osario*. En la página 27, hablando del P. Urdaneta, dice: «Compuso la tabla geo-



1762 fué nombrado bibliotecario de la misma (1), cargo que no podía ser más del agrado y aficiones del P. María; pues amante cual ninguno de los libros y de las glorias de la Orden, ofrecíasele ocasión de enterarse detenidamente de tanta riqueza literaria como allí se hallaba atesorada, y de recoger abundantes datos y noticias para las producciones que acerca de la historia de la provincia había de legarnos. Pero un suceso inesperado y trascendental, ocurrido en este año, y que puso en grave peligro nuestra dominación en aquel Archipiélago, vino á interrumpir sus tareas favoritas, obligándole á cambiar de ocupación, y á consagrar las energías de su juventud á la defensa de la causa de España. Nos referimos á la guerra con los ingleses, y al sitio que pusieron éstos á Manila, obligando á sus defensores á rendirse; suceso que por haber sido la piedra de toque que puso de manifiesto los subidos quilates del patriotismo de las Ordenes religiosas, y en el que todas ellas, y muy especialmente la Agustiniiana, rayaron en los límites del heroísmo por el esfuerzo y valor con que defendieron la santa causa de la patria, vamos á relatar por separado, con alguna extensión y detenimiento.

## II

Por el mes de Enero de 1762 á consecuencia del *Pacto de familia*, celebrado el año anterior entre España, Francia, Napoles y Parma, declaraba nuestra nación la guerra á la Gran Bretaña. Nada se había comunicado oficialmente á Filipinas acerca de esta determinación, si bien por noticias particulares que de su familia había recibido el agustino P. José Cuadrado, se anunciaba el rompimiento de relaciones, y por unos comerciantes armenios que procedentes de Madrás habían llegado á Manila, se decía que estaban los ingleses preparando en aquel puerto una poderosa armada para conquistar las islas; cuando en 14 de Septiembre del mismo año apareció en la bahía de Manila un pailebot inglés, al cual se le vió sondear aquellas aguas, tomar datos acerca de la situación y defensas de la ciudad, y retirarse luego sin saludar á la plaza en la forma reglamentaria.

gráfica del Mar del Sur con todos los viajes y rumbos descubiertos hasta entonces: un tomo en cuarto, manuscrito; pero muy pintado y lleno de mapas pequeños, que lo vi el año de 1759 en esta Biblioteca de Manila.» En las páginas 274-75 encontramos también lo siguiente: «Pablo Campos... Destináronle á la lengua tagala, en la cual salió aventajadísimo, y compuso en ella dos tomos de *Sermones Santorales*, en cuarto, que andan en las manos de todos. Item, otros dos tomos en cuarto, intitulados: *Fábulas de Esopo*, en tagalo, de los cuales había muchos ejemplares en Manila el año de setecientos i cincuenta i nueve.» Item, en la página 140, tratándose de la obra de botánica del P. Mercado, dice: «Yo la vi y leí toda el año de mil setecientos y sesenta.» El manuscrito del P. Mercado que aquí menciona nuestro autor, después de varias vicisitudes, y cuando ya se creía perdido, se encontró, y fué publicado en la monumental edición de la *Flora de Filipinas*, costeada por los Padres Agustinos de nuestra provincia, y publicada en Manila por los años 1877 y siguientes.

(1) Véase el *Osario* citado, página 159, en donde al enumerar el P. María las obras del P. Juan Cabello, dice: «Dichos dos libros los vi en la Bibliotheca de San Agustín de Manila cuando yo fui Librero la primera vez el año de mil setecientos y sesenta y dos.»

En 22 del mismo mes anclaba ya también en la misma bahía una formidable escuadra inglesa, compuesta de trece buques de guerra, al mando del almirante Cornish, en la cual «trayan mil y quinientos soldados Europeos del regimiento de Draper y del batallón de voluntarios de Chamal, dos Compañías de artilleros, tres mil marineros Europeos con fusiles, ochocientos sipayes fusileros y mil cuatrocientos de los mismos para la fagina, que formaba una armada de seis mil ochocientos treinta hombres (1).»

El espanto que en los habitantes de Manila causó este suceso fué grande, y subió de punto cuando habiendo enviado el arzobispo Sr. Rojo, que gobernaba las islas, un oficial al almirante inglés, á preguntarle cuál era el objeto de su entrada en bahía, supieron los propósitos del enemigo, que intimaba la inmediata rendición y entrega de la ciudad, so pena de disponer sin pérdida de tiempo el bombardeo y toma de la misma por la fuerza.

Pero á pesar del efecto natural de esta desagradable sorpresa, del mal estado de las defensas con que contaba Manila, y de la insignificante guarnición que allí se encontraba, que sería un total de seiscientos soldados, respondió la Junta convocada al efecto por el señor Arzobispo, rechazando con energía las proposiciones de los ingleses, y manifestándoles que estaban dispuestos á defender, hasta el último trance la ciudad, y á morir en defensa de aquellos territorios cobijados bajo la bandera de España.

Sabido esto por Cornish manda al día siguiente, 23, desembarcar parte de las fuerzas, las cuales sin dificultad se apoderaron del convento é iglesia de Malate y de las iglesias de la Ermita, San Juan de Bagumbayang y de Santiago, situadas en las afueras de la ciudad.

El día 24 desembarcó el brigadier Draper (2) con todo el grueso de sus tropas, é inmediatamente comenzó el sitio de Manila por tierra, al mismo tiempo que la escuadra impedía la entrada de todo auxilio que pudiera venirle por mar.

En vista de esto el señor Arzobispo gobernador general convocó en Junta á todo el elemento oficial, para ver qué determinación sería conveniente adoptar en aquellas circunstancias; y habiendo sido todos de parecer que procedía defender la plaza hasta donde alcanzasen los medios con que se contaba, se tomaron las medidas oportunas para mejorar y aumentar en lo posible las defensas, instituyéronse cuatro compañías de milicias, llamadas del Comercio, y se llamó gente de las provincias inmediatas para aumentar la guarnición y poder resistir el ataque. Llegaron luego tres mil indios, flecheros de la Pampanga, Bulacan y la Laguna, á los que siguieron después cuatro mil de las mismas provincias, y con estos refuerzos, y las peninsulares que había en Manila, hiciéronse algunas salidas durante el

(1) Véase la *Historia de las Islas Philipinas*, compuesta por el R. P. Lector Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga, del Orden de San Agustín, exdefinidor de su provincia, calificador del Santo Oficio y cura regular del pueblo de Parañaque. Sampaloc. 1803, página 606. Esta obra es en opinión de todos el compendio más metódico y mejor escrito que se conoce de la historia del Archipiélago Filipino.

(2) El brigadier Guillermo Draper era el comandante general de las fuerzas de tierra.



tiempo del asedio, en las que hubo sus alternativas; pero en general no fueron de gran resultado, pues si bien molestaron bastante al enemigo y le hicieron numerosas bajas, no consiguieron desalojarle decisivamente de sus posiciones, ni obligarle á retirarse, por no estar los indios prácticos en el manejo de las armas de fuego, y contar los contrarios con mejor armamento, mayor

las precauciones que tomaron los ingleses no lograron por entonces realizar su intento.

La situación de la plaza iba siendo cada vez más difícil y comprometida, y previendo las Autoridades que era inminente la toma por el enemigo, determinaron el 1.º de Octubre nombrar teniente de gobernador y capitán general de las Islas al insigne Anda, el oidor más



MONUMENTO LEVANTADO Á LA MEMORIA DE D. BOSCO EN SU PATRIA CASTELNUOVO D' ASTI (Italia)

experiencia en el arte de la guerra y posiciones más fuertes.

Continuaron los ingleses en los días siguientes el ataque por tierra y el bombardeo por mar, aumentando éste desde el 27 de Septiembre con los fuegos de tres grandes buques que llegaron sucesivamente á la bahía, en los cuales iban de tripulantes trescientos cincuenta franceses apresados en la toma de Pondichery verificada en 1771. Estos trataron de pasarse á nuestro campo; pero por nuestra desconfianza primero, y después por

antiguo de la Audiencia, con objeto de que las mantuviese en la obediencia de España, si llegaba el caso de capitular Manila, y caer en poder de los ingleses el arzobispo Sr. Roj, en quien residía el mando supremo.

El día 2 de Octubre «al amanecer, comenzó el enemigo á jugar una batería de ocho cañones de á veinticuatro, contra el ángulo del baluarte de la fundición; y á las diez de la mañana estaba ya en tierra todo el parapeto; al mismo tiempo dirigieron contra aquel baluarte sus morteros, que eran nueve de diferentes diáme-



tros, y dos barcos tiraban contra el mismo sitio por la cara que mira á la Marina: fué el fuego tan vivo, que se acopiaron más de cuatro mil balas de á veinticuatro. Pero lo que incomodaba más á la plaza, era la fusilería, que desde la torre é iglesia de Santiago veía todo lo que pasaba en la ciudad, y tiraba á la satisfacción contra los que la defendían (1)."

Continuó el ataque en los días siguientes cada vez con más tenacidad y energía, y los nuestros se defendían también haciendo á los enemigos no poco daño.

Por la tarde del día 3 convocó el Arzobispo á consejo á los Jefes militares, á la Audiencia, diputados de la Ciudad, Provinciales de las Corporaciones religiosas y comerciantes más significados é influyentes. Los militares fueron de parecer que se capitulase, pero prevaleció el dictamen de la mayoría que aconsejaba la continuación de la defensa hasta el último extremo. Los que mayor entusiasmo y decisión manifestaron en favor de la continuación de la defensa, fueron los Magistrados de la Audiencia y los Provinciales.

A consecuencia de este acuerdo tomáronse todavía algunas medidas encaminadas á mejorar la situación con trincheras, parapetos y otras obras; pero era tan incesante y vivo el fuego del enemigo, que no bien levantaban los nuestros las fortificaciones, cuando eran destruidas inmediatamente.

## La isla del diablo y la isla de Dios

POR EL ILMO. REYNAUD, LAZARISTA, VICARIO APOSTÓLICO  
DEL TCHÉ-KIANG

### III. (Continuacion)

**A**LGUNOS días después Houa-wen fugóse, para evitar la acción de la justicia.

Sin embargo, su huida fué contraproducente.

En efecto, para castigo de los bonzos bastaba ya su humillación pública, ó por mejor decir, oficial, que les impedía perjudicarnos en lo más mínimo. Todas nuestras terminantes acusaciones fueron reconocidas y firmadas por los mandarines y sus intermediarios, conservándose los documentos auténticos en los archivos del consulado de Francia, de la Misión, de los tribunales del *tao-tai* de Ning-Po, del *ling* de Tcheou-san y en las pagodas de Pou-tou. Si: ellos habían usurpado nuestro territorio, habían mentido descaradamente y habían violado los sepulcros, ellos incendiaron nuestra capilla y ellos... pero dejemos los hechos antiguos. Se les condenó á sufrir las siguientes penas, que son las que señala el código á los crímenes citados: prisión, el tormento de la argolla y el destierro en perspectiva. Para su mayor descrédito, aquellos sobre los cuales recaía más responsabilidad, eran los principales jefes de Pou-tou. ¿Qué nuevas ventajas me hubiera proporcionado el cumplimiento riguroso de la sentencia? Ver á uno de

ellos con la argolla al cuello sufriendo delante de las puertas de nuestra residencia, á más de no gustarme podía parecer una satisfacción asaz pagana. Bastaba el reconocimiento expícito de nuestros derechos y de sus crímenes.

Para tratar con los mediadores era preciso ir con mucho cuidado, y convenía reservarles la aureola de algún pequeño sacrificio. Al aceptar su intervención para un arreglo amistoso, preciso es hacerles concesiones secundarias. Pidiéronme colocara algunos bonzos, cuya importancia era nula, en el lugar que debían ocupar los bonzos de alta categoría, y que castigara á los verdaderos culpables en la persona de aquellos infelices. Esta substitución, á más de repugnarme por injusta, hubiera producido mal efecto. Para no detener la marcha á mitad del camino, para complacer al *tao tai*, al *ling* y á los intermediarios, que lo anhelaban con vivas ansias, y al mismo tiempo para dar á estos paganos una lección de misericordia, después de un ejemplo de justicia, y demostrarles que los misioneros no tienen enemigos ni abrigan en sus pechos el deseo de venganza, concedí á los bonzos una amnistía general.

La impresión moral de este acto fué excelente, los mandarines entusiasmados enviáronme calurosas felicitaciones, el gozo de los intermediarios era inmenso, pero la alegría para mí mayor fué la admiración de los bonzos, que nada comprenden de la sublime caridad cristiana. Este perdón fué la mayor y más hermosa de nuestras victorias.

Los deseos, las esperanzas cuyo buen éxito peligró tan largo tiempo, veíamoslas convertidas en hermosa realidad. Cierto es que nos costaron rudos combates, empeñadas luchas llenas de trabajos y peligros; pero la victoria extiende benigna su mano y las corona con el éxito más risueño, que amoroso enjuga nuestras lágrimas, consuela nuestras amarguras, y en vez de dejar en el corazón algún resabio de tristeza, colma, sobrepuja las esperanzas más lisonjeras que en días lejanos osamos forjar. La *isla de Dios* había empezado á existir.

Nuestra obra vió levantarse, ardiendo en ira, enemigos poderosos. ¿Quién es capaz de recordar los obstáculos que ha debido vencer? ¡Cien y mil enemigos pretendieron aplastarla! La isla del demonio levantóse en masa y se formó en línea de batalla. Sus impíos sacerdotes empuñaron las armas, prepararon emboscadas, tramaron astutos complots. La fuerza, el número, todo estaba con ellos: pero cimentado en una calumnia el aparatoso edificio que ardiendo en cólera maldita osaron forjar, cayó y entre sus escombros quedaron aplastados.

Nosotros, en tanto, pacíficos poseedores del codiciado dique, contemplamos llenos de confianza el risueño porvenir, bendiciendo al Señor que nos regaló el dique para siempre, sin que debamos temer nuevas y fastidiosas revisiones. Las disposiciones tomadas contra las intrigas de los pérfidos enemigos, previenen toda tentativa de usurpación. No, nunca jamás sacrilega mano podrá arrancar de este bendito suelo la cruz que en él hemos plantado.

¡Henchida el alma de indecible gozo, ve á numerosas familias vivir bajo su sombra santificante, y doblando las rodillas orar cabe sus piés! ¡Compensación hermosa

(1) P. Martínez de Zúñiga. Obra citada, págs. 612-13.



del triste espectáculo de Pou-tou, la *isla del diablo*! Al pasar con rápido vuelo los días por encima estos paganos mares, oirán á la par del miserable ejército de verdugos que blasfeman de Dios y su Cristo, para ofrecer á mentidas deidades homenajes culpables, una falange elegida de amigos fieles, discípulos fervientes, valerosos, intrépidos, que reparan y consuelan. Ante la isla satánica donde la idolatría despliega el fausto maldito de un culto impostor, y quema criminal incienso ante altares erigidos en honor de Satán, en la *isla santa* la piedad cristiana eleva al cielo sus puras manos y su voz suplicante, y alabando al verdadero Dios.

Un día tal vez no lejano, posibie es que la Iglesia envíe á Fo-sin-shan sus virtuosos frailes, para oponer el ejemplo de su abnegación y penitencia, á la vida perezosa y disoluta de los religiosos del Paganismo. Los infieles compararán y verán la enorme diferencia. Al aparecer en el cielo este hermoso día, desacreditados los bonzos, la funesta influencia de la *isla del diablo* recibirá un golpe terrible, mortal quizá, aprovechándose del cual crecerá lozana, hermosa, triunfante, la *isla del Dios de las misericordias*.



Castelnuovo d' Asti (Italia), patria del esclarecido fundador de la Congregación Salesiana D. Bosco, ha querido levantar en una de sus plazas un monumento que perpetuara la memoria de aquel su ilustre hijo y gloriosísimo apóstol. Los días 18 y 19 de Septiembre último fueron los de su inauguración.

Los grabados que damos en este número representa dicho monumento (pág. 41), la plaza de San Roque en que está situado y el aspecto que ofrecía ésta en el momento de la inauguración (página 44).

El monumento representa al apostólico sacerdote teniendo á su lado derecho á un jovencito europeo, y á su izquierda á un salvaje de la Patagonia, donde tiene sus principales Misiones la Obra Salesiana. La figura de Don Bosco es notable por su exacto parecido y por el sello de naturalidad y de suave misticismo que ha sabido imprimirle el artista. El conjunto es armonioso y se levanta sobre un elegante pedestal de granito-rosa, y en una de sus cuatras caras se leen la fecha de la erección y la dedicatoria.

La fiesta fué grandiosa, espléndida; habiéndose asociado á ella las principales ciudades y Asociaciones de Italia por medio de especiales representantes suyos, y de un modo singular el Episcopado de aquella nación.



## El Vado

Episodio de la guerra franco-prusiana

(Conclusión)

ENTONCES hemos pasado delante?

—Sí.

—¿Por qué nos has dejado hacer este trayecto inútil?

—Porque era preciso.

—¿Cómo?

El viejo sonrió: después explicó que eran perseguidos; que la caballería alemana los alcanzaría antes de tres horas; que las huellas de los pasos, deteniéndose en el vado, habrían indicado á sus perseguidores que por allí había un paso; y que era necesario ir más lejos para que perdieran á la pista.

—¡Es verdad! dijo el comandante; guíanos, pues.

Una hora más tarde, los fugitivos pasaban el río en fila con el agua hasta los hombros.

Cuando hubo pasado el último hombre, el comandante tendió la mano al viejo.

—¡Gracias! le dijo.

—¡Que Dios os proteja! contestó el aldeano.

Este permaneció inmóvil, hasta que vió desaparecer en el horizonte los últimos de la retaguardia.

Al perderlos de vista, borró en un momento la línea de pasos que iba á hundirse en el agua, y se alejó lentamente por el camino que los fugitivos habían recorrido. De repente se detuvo, lanzando una exclamación de terror.

Obstruyendo todo el camino, llegaban por él, al trote largo, en dirección contraria, dos escuadrones de hulanos.

El aldeano, agachándose trató de ocultarse bajo un matorral, pero los de la descubierta lo habían visto.

—¡Ohé! ¡un hombre! gritaron.

Y en un segundo se echan sobre él, lo rodean, lo maltratan, y lo arrastran ante los oficiales alemanes. Allí sufre un nuevo interrogatorio; pero el viejo se ha vuelto, al parecer, idiota y sordo: no entiende nada, no sabe nada, no ha visto á nadie.

—¡Dejadlo! grita el jefe de la fuerza, ya hablará pronto. ¡Ea! ¡marcha, adelante!

Cojeando, hostigado por la espalda con las lanzas, el viejo corre delante de los caballos. A veces tropieza, y un pinchazo lo hace levantar.

Camina así algún tiempo, pero le falta el aliento y sus piernas ceden... Sin embargo resiste, porque pasa delante del vado. Doscientos metros más lejos se deja caer al suelo desfallecido.

—¡Al paso! manda el oficial ¡y tú, adelante!

De esa manera llegaron al *Puente de la Horca*.

Los alemanes sabían que estaba destruído; allí desaparecía todo rastro; más lejos, la orilla no ofrecía ningún indicio.

Habríase dicho que los franceses derrotados se habían hundido en el río.

Pero, ¿no podía haber algún vado más abajo del puente? El estado mayor se puso á discutir. El viejo aparte, con la cabeza baja, sonreía.

—Se nos ha engañado con una falsa maniobra, dijo alguien; han vuelto por el mismo camino: volvamos.

Otro observó que no se podía conocer nada, puesto que ellos mismos habían pasado después, pero que el viejo debía saber donde estaba el vado.

—¡Ya lo veremos! gritó el comandante. ¡Al agua, bruto!

El aldeano tuvo que sondear el río.





PLAZA EN QUE ESTÁ SITUADO EL MONUMENTO DEDICADO Á D. BOSCO EN EL ACTO SOLEMNE DE LA INAUGURACIÓN

La orilla bajaba en suave pendiente: el viejo, resignado, entró en el agua. Esta le llega á las rodillas, al vientre, á los hombros, pasa de la cabeza, y él avanza...

—¡Vuelve! gritó el jefe; y añadió:

—Mas allá, señores; el vado no está aquí.

De cien en cien metros, el viejo tenía que entrar en el río. Los alemanes le seguían con la vista, pero siempre se hundía y volvía penosamente; la duda era imposible hasta entonces.

A fuerza de repetir este experimento, el viejo se vió á la entrada del vado. Aquel hombre extenuado por la fatiga, transido de frío, dirigió una mirada de angustia á la orilla opuesta.

Los que él quería salvar habrían andado apenas tres leguas, y si el vado era descubierto estaban perdidos.

—¡Al agua!

—¡No puedo más!

—¡Mejor! ¿Dónde está el vado?

—¡No lo sé!

—¡Al agua!

El pobre hombre obedece. A medida que avanza, se encoge para hacer creer que el río está hondo; pero han visto que toca el fondo, y un inmenso clamor llena la orilla. Entonces el aldeano pronuncia algunas palabras que él solo oye, y se inclina un poco en la dirección de la corriente, como arrastrado por ella.

El agua cubre sus hombros, y él se vuelve á mirar á sus enemigos que le gritan, una y otra vez desde la orilla.

—¡Adelante! ¡adelante!

Aparentandose siempre ceder á la violencia de la corriente, deja el vado, sin que los alemanes lo adviertan: el agua empieza á cubrirlo; unos pasos más y su muerte es inevitable. Luchando con la fuerza de la corriente, más rápida en aquel punto, avanza con precaución; luego quiere volver atrás, pero los hulanos le amenazan blandiendo sus lanzas, y le gritan con rabia:

—¡Adelante!

El desgraciado hace entonces la señal de la cruz, abraza con una mirada la tierra, el sol, la existencia entera... da un paso más, al borde mismo de la hon-

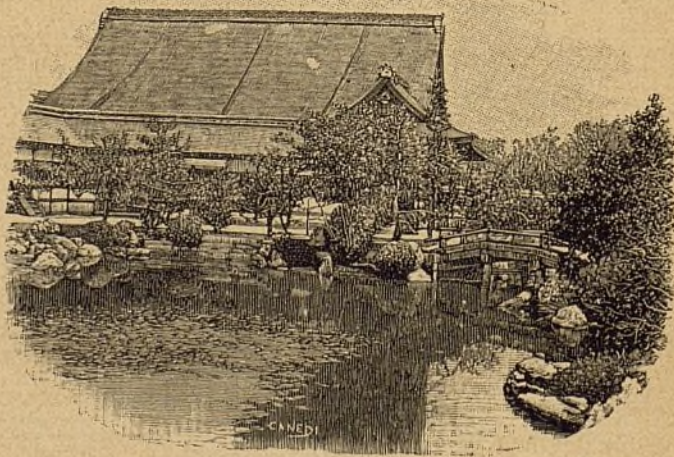
dura, que siente bajo sus plantas; lucha un momento aún por sostenerse de pie, en medio de las amenazas de los hulanos y del tumulto de las aguas; pero el frío paraliza sus miembros, vacila, resbala, y se hunde repentinamente debajo de las olas.

Los clamores cesan.

—¡No hay vado! exclama el comandante con aire sombrío; ¡ese pobre hombre ha muerto!

Y los alemanes desalentados abandonan la orilla y vuelven atrás los pasos; mientras el cuerpo del héroe oscuro y desconocido corre inerte á merced de las aguas, arrastrado por la corriente silenciosa del río.

M. MONTEGUT.



Ala principal del Gorho (palacio imperial) de Kioto  
(Pág. 38)



# EL CRUZADO

*Leyenda*

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

—¡Ah! no lo creas, replicó con apresuramiento el Barón, más sufrirás tú aquí que yo en la guerra. Las mujeres tenéis una imaginación tan viva que fingís peligros y trabajos donde nosotros no encontramos sino cosas naturales. Tú no dormirás pensando en que yo no tendré cama en que acostarme, y yo te aseguro que dormiré admirablemente sobre un improvisado lecho de hojas secas.

No pareció que este argumento convenciera del todo á Inés, porque volvió á insistir acerca de la diferencia que la guerra iba á establecer entre los dos, y siguió un rato doliéndose de las penalidades que aguardaban á su marido, hasta que éste, para terminar á aquella escena, la dijo:

—Inés mía, tu buen corazón y el amor que me tienes hace que sientas no poder sufrir cuando yo sufro, ni padecer lo que yo padezca; pero ten en cuenta que Dios distribuye las penas y trabajos según su sabiduría infinita le dice que nos conviene, y que quizás te guarde en mi ausencia otros mayores que los que yo padezca.

—¡Oh, sí, quizás! y al decir ésto quedóse suspensa Inés, como temiendo concluir la frase y participar á su marido la sospecha que había cruzado por su mente. Mas la emoción que experimentó no pudo ocultarse al Barón, que cogiendo por la mano á su mujer la preguntó

qué era lo que había causado aquel repentino cambio. Inés, en vez de contestarle, miró al cielo, y volviéndose rápidamente á su marido, le dijo: «Y el conde de Thiercy ¿va á la Cruzada?»

—¿Cómo ha de

ir si tiene cerca de setenta años y sus achaques apenas le permiten salir de su castillo? Por lo visto, sigues creyendo que el Conde me guarda rencor, y temes que ahora trate de vengarse de su pasada derrota; mas he de advertirte que el Conde, á pesar de sus defectos, es bastante caballero para no emprender nada contra una dama desamparada, y bastante cristiano para respetar la tregua que se ha establecido en todas las contiendas particulares mientras dure la Cruzada.

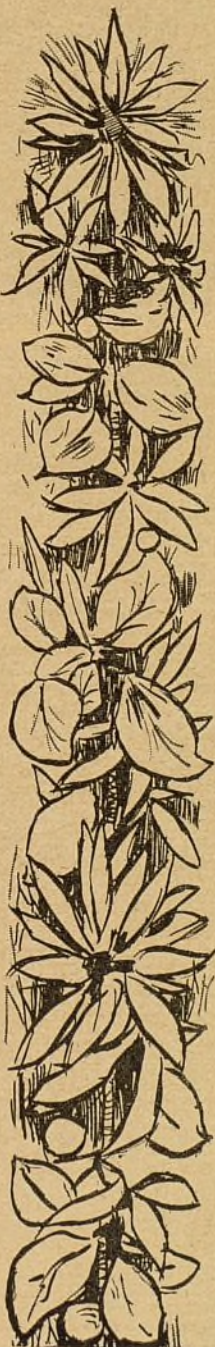
—En cuanto á eso, dijo Inés, no ha dado muchas pruebas de serlo, pues hace dos años trató á los monjes de Cleard como si fuera un hereje.

—Sea lo que sea, dijo el Barón, no creo que se atreva á hacernada contra ti; mas si quisiese aprovechar mi ausencia, tanto peor para él, porque al partir dejó á ti y á mis hijos encomendados á la Providencia divina, quien cuidará de vosotros mucho mejor que yo pudiera hacerlo.

Tal era la fe de aquel hombre, que en efecto no dudaba que Dios guardaría á su mujer, hijos y haciendas mejor que él pudiera guardarlos con su espada y sus soldados. ¿No iba á combatir por la causa de Dios contra los infieles? pues ¿por qué no combatiría Dios por la suya si alguien osaba aprovecharse de su ausencia? Beaumont, que veía en todos los sucesos la mano bienhechora y amorosa de Dios que cuida hasta de los pájaros de los campos y de las hojas de los árboles, creía que más especialmente cuidaría de lo suyo en aquella ocasión en que lo abandonaba todo por servirle.

Y precisamente á Inés la tranquilizó tanto lo que la dijo su marido, que no volvió á hablar del asunto. Cogió á Beaumont de la mano, y llevándole el cuarto donde dormían su hijo y su hija, que aún no tenía dos años, se los enseñó y le dijo:

—Confío en que Dios te guardará y hará que vuelvas sano y salvo, porque estos ángeles se lo pedirán conmigo todos los días desde que te separes de nosotros.





## III



NA hora antes de amanecer, clarines y campanas despertaban á los habitantes del castillo de Beaumont. Llamaban los primeros á los soldados que en la tarde an-

terior habían venido de los lugares vecinos y que habían pasado la noche en el patio ó en las casas inmediatas, mientras que las campanas con sus alegres voces anunciaban á los fieles que iba á decirse el santo sacrificio de la Misa.

En el vestíbulo del castillo preparaban los criados del Barón un altar de campaña; cubierto de ricos tapices, y frente á él iban formándose en el patio las compañías de arqueros, hombres de armas, ginetes ligeros y demás gente de guerra de la baronía de Beaumont. A un lado del altar colocóse un pequeño estrado para las damas, y en frente otro para los sacerdotes y monjes. Los caballeros formaban delante de las tropas, y tras éstas, en el espacio de la plaza que quedaba libre, en los inmediatos campos, en los árboles y en los tejados de las casas próximas, la multitud de padres, madres y hermanos de los que iban á marchar á la guerra. Serían éstos unos ochocientos hombres, más de trescientos á caballo, y el de curiosos interesados, lo menos cuatro mil.

En cuanto se hizo de día salió el Barón armado de punta en blanco, con la roja cruz al pecho y un hermoso penacho de plumas en el casco, y seguido de sus escuderos, pajes de lanza y oficiales. Traía el Barón en la mano un hermoso estandarte de seda roja, bordado primorosamente por Inés, el cual en un lado ostentaba la imagen de San Juan, y en el otro las armas de Beaumont. Al llegar al altar entregósele al alférez que había de llevarlo en la guerra; y éste colocóse al lado del Evangelio, escoltado por algunos caballeros.

Poco después subió al altar el venerable abad de Cleard, y en medio del mayor silencio empezó la Misa; el Barón, la Baronesa y los caballeros comulgaron con piadosa devoción en ella, y al terminarla bendijose solemnemente el estandarte, y el Abad dirigió la palabra al pueblo congregado.

Era el Abad, á pesar de sus muchos años, hombre robusto, de poderosa voz, que demostraba la energía de su alma. Animado en aquel momento por la imponente escena que presidía, habló con tal calor y tanta elocuencia que conmovió profundamente á todos. Encareció á la gente de guerra la santidad de la empresa que acometía, excitóla á llevar con paciencia y por amor de Dios los rudos trabajos que la esperaban, presentó á su vista el magnífico cuadro de

la eterna bienaventuranza que Dios concedía á los que tuviesen la dicha de morir por la fe, y concluyó diciéndoles que seguro como estaba, porque los conocía á todos, de su fe, de su valor y de su obediencia, no necesitaba recomendarlas. En seguida, volviéndose á los que por la ausencia de los guerreros quedaban sin padres, sin hermanos ó sin esposos, les consoló diciéndoles que su sacrificio sería recompensado, porque Dios veía la buena fe con que todos le hacían, y que El se lo pagaría, cuidando en este mundo de sus intereses, y reuniendo en el otro á las personas que murieran en la guerra; terminó publicando las indulgencias que concedía el Papa á los cruzados y á cuantos les ayudaran, porque la Iglesia, madre siempre generosa, éralo más en la ocasión presente, en que todos sus hijos se sacrificaban por servirla.

En cuanto el Abad concluyó de hablar, desenvainó el Barón su espada, y cogiendo el estandarte, acercóse al altar y juró servir fielmente en la guerra y pelear como bueno hasta morir, si preciso fuera, en defensa de la fe. Levantóse en seguida, y volviéndose á las tropas con voz entera, preguntó: «¿Juráis?» y un sí unánime, impetuoso y entusiasta no le dejó concluir la frase. Todos, soldados y aldeanos contestaron á la vez, prorrumpieron en vítores y aplausos, en exclamaciones de alegría y con gritos de guerra, y por unos momentos reinó en la espaciosa plaza de armas una confusión y un ruido tan grandes que parecía que el enemigo asaltaba el castillo.

Inés lloraba de júbilo, el Abad bendecía á todos, el Barón no podía desasirse de la multitud de gente que le rodeaba para besar la bandera, y los cruzados eran á su vez objeto de las felicitaciones y plácemes de sus familias. El juramento que acababan de prestar les había realzado tanto á las ojos de éstas, que desde aquel momento sólo veían en ellos á los soldados de la Iglesia, á los defensores de la fe, á los que iban á ganar inmarcesibles laureles y quizás la envidiada palma del martirio.

El Abad y los Barones pusieron término á aquella escena, retirándose al castillo para hacer un ligero desayuno, mientras que los soldados y campesinos hacían lo mismo al aire libre. Era la última comida que muchos de ellos hacían con sus familias, porque á poco rato debían emprender la marcha á Tierra Santa, para morir allí la mayor parte.

Al entrar en el comedor del castillo, Juan de Beaumont dirigiéndose al Abad le dijo:

—Padre mío, durante mi ausencia dejo mi mujer, mis hijos y mis bienes en vuestras manos como representante de Dios, á quien desde ahora se los encomiendo. Velad sobre ellos, protegíedles, cuidadles, y si yo faltase, educad á mis hijos en el santo temor de Dios. En mi testamento, que también os entregarán, veréis las demás disposiciones, tanto respecto á mi familia como á mis vasallos, á quienes considero como hijos. Os ruego, por último, que me encomendéis más especialmente en vuestras oraciones durante el tiempo de la guerra.

—Así lo haré, hijo de mi alma, contestó el Abad, y por lo demás no tengáis cuidado, que





Dios no abandona á quien, como vos, pone en El toda su confianza.

Llegó á poco la hora de la marcha; los clarines dieron la señal de partir, y montando en un brioso caballo blanco, púsose el Barón al frente de sus tropas. Inés, para robar unas cuantas horas á la ausencia, montó también á caballo, pues quería acompañar á su esposo hasta el límite de la baronía, distante de allí tres leguas, é hizo entrar á sus dos hijos en una litera preparada de antemano. Rompióse la marcha entre los vítores y aclamaciones de la muchedumbre, cuya mayor parte siguió con los guerreros durante largo trecho. Nadie quería despedirse de ellos; así que los que por su edad y achaques no podían seguirlos, subíanse á los cerros inmediatos para contemplarlos durante más tiempo. Sólo cuando los perdían de vista empezaban las lágrimas y los sollozos, mas nunca faltaba algún viejo que al oírlos, exclamaba: «No lloréis por los que se van, que buena suerte tienen, sino por los que tenemos que quedarnos.»

Y hasta las madres secaban sus ojos y exclamaban: «¡Vayan benditos de Dios!» y corrían al templo á poner luces en el altar de la Virgen para que ésta les librara y protegiera en la guerra. Ni una sola olvidó al despedirse de sus hijos de pedirles que á la vuelta les trajesen algunas reliquias, aunque no fuera más que hojas del monte de los Olivos, ó tierra del Calvario, porque para ellas todo lo que viniera de Jerusalén era santo. Con razón la piedad de aquellos cristianos tiempos cambió el nombre de Palestina por el de Tierra Santa, y llamó santos á los lugares que vieron nacer y morir al divino Redentor de los hombres.

Juan é Inés fueron hablando todo el camino; hasta que al cabo de tres horas de marcha hicieron alto con toda la gente en unos caseríos donde les esperaban otros doscientos hombres de guerra que, por vivir bastante lejos del castillo, no habían podido asistir á la solemnidad de la mañana. Juntáronse así los mil hombres con que el Barón ofreció tiempo antes acompañar á Jerusalén al señor Godofredo de Bouillón, duque de la Baja Lorena, quien conociéndole de antiguo como vecino le había pedido este auxilio en la guerra. Como Godofredo con su gente había emprendido la marcha hacía ya algunos días, el Barón resolvió apresurar la suya para reunirsele cuanto antes y ser de los primeros en llegar al enemigo, y con este objeto no consintió que acompañasen á sus soldados, mujeres ni niños más allá de la primera media jornada. Para dar ejemplo volvió la Baronesa con los suyos desde aquel sitio. No pudo Inés contener sus lágrimas al despedirse por primera vez de su marido; pero éste, dueño por completo de sus sentimientos, no se inmutó siquiera; cogió á sus hijos, besólos con ternura, les dió su bendición, abrazó en seguida á su esposa y exclamando: «¡Hasta la vuelta, si Dios quiere!» dió señal de partir. La fuerza armada continuó la marcha; la Baronesa con su servidumbre y una porción de mujeres y niños, que hasta allí habían llegado, quedaron largo rato contemplándola, sin atreverse á seguirla ni un solo paso hasta que la perdie-

ron de vista, y entonces silenciosos y graves, pero no tristes, volviéronse á sus casas. Inés llegó al castillo al anochecer, y el silencio que reinaba, tan contrario al bullicio de la mañana,



impresionóla vivamente. Comenzó entonces á comprender el prolongado martirio que la soledad iba á causarle, pero dominando en seguida su emoción, repitió por lo bajo la frase: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» que era el grito de guerra de los cruzados; entró serena y risueña en el castillo, para animar así á sus servidores y vasallos que sentían la marcha de su señor y de sus parientes y amigos.

#### IV



TRES años, día por día, han pasado desde la escena que acabamos de describir. Durante tan largo tiempo no han llegado á seis las cartas que Inés ha recibido del Barón: por ellas ha sabido las penalidades sin cuento del viaje de los cruzados á Constantinopla; el mal recibimiento de los griegos; sus exigencias, dificultades y retardos; el paso del ejército cristiano al Asia; los combates terribles sostenidos en el sitio de Nicea; la entrada en esta ciudad, y la marcha sobre Antioquía. Sabe que de todos los combates ha salido el Barón sano y salvo y cubierto de gloria, pero desde hace mucho tiempo no tiene noticia ninguna. El Abad de Cleard, que suele recibirlas con más frecuencia por medio de los monjes que van á Marsella ó Génova, hace también muchos meses que se limita á pedir á Inés redoble sus oraciones y buenas obras, para auxiliar por medio de ellas á los que pelean en Oriente, de todo lo cual deduce Inés, que la situación de los cruzados debe ser más apurada que nunca. La gente de la baronía, para quien cada carta que recibía la señora era un consuelo, pues el Barón no se olvidaba en ellas de dar noticia de aquellos de sus vasallos que más se señalaban ó que sucumbían gloriosamente en la guerra, preguntábale con frecuencia si algo de nuevo sabía, y se admiraba de que en tres años ni siquiera hubieran visto los cruzados á Jerusalén.

(Se continuará).



## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. . . . .	3	ptas.
Andrés Die Pescetto, de Orihuela. . . . .	7	»
Catalina Bonel, Vda. de Roure, de Bañolas. . . . .	32	»
Encarnación Domínguez, de Estella. . . . .	4	»
Juan J. de Izaguirre, de Guelaria. . . . .	2'45	»
Raimundo de Lujando, de Calahorra. . . . .	5	»
Vicente Sanz Bremón, de Valencia. . . . .	0'50	»
Victoriano Lacarra, abogado, de Estella. . . . .	5	»

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Jose Navarro Salinas, de San Ildefonso. . . . .	5	»
---	---	---

## SALIDA DE MISIONEROS

El 23 del pasado Octubre salieron de Marsella con rumbo á Maduré, donde van á completar sus estudios, los HH. Odilo Pistre, Jorge Sicard, Cristóbal Honpert, Pedro Dahmen, Gilberto Andre, René Guay, Enrique La Calvez, Carlos Ivenat, Laurencio Peruer y Carlos Leigh, novicios todos de la Compañía de Jesús.

—Durante el año 1898 embarcaron en Burdeos con dirección al Senegal y á Gabón las siguientes Religiosas de la Inmaculada Concepción (de Castres): HH. Agustina Contal, Radegunda Galanier, Albertina Molinier, Flavia Sauret, Alberta Boulogne, Juana Berihmans-Gally, Casimira Davesac y Francisca de B. Sabonlard.

El 1.º de Enero del corriente año embarcaron en el puerto de Marsella dirigiéndose á la Misión de Nueva Guinea el R. P. Andrés Jullián, que hace algún tiempo regresó á Francia su patria para atender á las necesidades de su Misión; el P. José Ponpeney y los HH. Van de Eijken, Kuypers y Priem, los tres holandeses.

—Los PP. Pedro de la Madre de Dios y Juan de la Sagrada Familia, Carmelitas descalzos, embarcaron el 10 de Enero á bordo del *Turkestán* con dirección á Mesopotamia (Bagdad).

# ANUNCIOS

## BIBLIOTECA DEL HOGAR

Serie de novelas de sana tendencia moral publicada á petición de numerosos padres de familias.

No más mostrador, por D. Francisco de P. Capella. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Espera*, por Aurora Lista.—75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Sin Dios*, por Raquel. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*La Gitana*, por D. Francisco de P. Capella. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Cadena de Oro*, por Aurora Lista. 1'25 ptas. en rústica, y 1'75 en tela.—*La Perla preciosa*, por Matilde Bourdón. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*La*

*Firma del Banquero*, por Aurora Lista. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.—*Anisia, ó una virgen-apóstol del siglo IV*. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.—*Una madre como hay muchas*, por D. Francisco de P. Capella. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.—*De mi cosecha: Cuentos varios*, por don Norberto Torcal. Preciosa cubierta á dos tintas. 75 cént. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—*Lea, ó la Cruz triunfante*, por Matilde Bourdón. 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FÁBRICA DE TEJIDOS  
Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

HIJOS DE MIGUEL GUSI

CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases.—Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cíngulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar.

## INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN  
PARA LA IGLESIA,

DEL

DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso  
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 4 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del DR. SASTRE Y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del DR. MARQUÉS contra la tos. Probadas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués

Hospital, 109. — Barcelona.

## HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

## SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona